

Capítulo 2

Clístenes y la época de las guerras médicas

Actualmente casi nadie discute la significación de las reformas políticas de Clístenes en el desarrollo de la democracia. Heródoto, sin embargo, no pone especial énfasis en Clístenes como padre de la democracia y, solo de pasada, dice que el hijo de Megacles y Agarista «implantó en Atenas las tribus (*phylai*) y la democracia».¹ En las páginas que siguen analizaremos las medidas que Clístenes introdujo en Atenas en el 508-7 a. C. y las circunstancias en las que se produjeron. Separaremos, en lo posible, las intenciones, como las concibió su inspirador, de los efectos que, a medio y largo plazo, tuvieron sus reformas. Tendremos también en cuenta las instituciones que se vieron directamente afectadas y cuáles mantuvieron las prerrogativas anteriores durante algún tiempo, ya que, más que la introducción de un sistema político acabado, lo que conviene subrayar es el modo lento en que se producían los cambios hacia la plena igualdad en la participación política. Como siempre, será oportuno no olvidar el contexto internacional y los objetivos en ese terreno de los hombres que influyeron en los primeros pasos hacia la democracia.

1. Heródoto 6.131.1. En el libro anterior (5.66 y 69) habla de la reforma de las tribus, pero no da denominación a los cambios. En 5.78.1, tras las victorias atenienses contra todos sus vecinos, producidas después de las reformas, exclama: «Resulta evidente... que la *isegoría* [igualdad de derecho a expresar la opinión política] es un preciado bien». Heródoto atribuye a las innovaciones políticas los buenos resultados militares.

Clístenes

La distribución territorial y el nuevo Consejo

Los Alcmeónidas vuelven a tener un protagonismo indudable en los años, por lo demás bastante oscuros, que van de la muerte de Hiparco a las reformas de Clístenes, pasando por la expulsión de Atenas de Hippias. Los miembros de esta familia, exiliados desde el 514 en Delfos, santuario sobre el que tenían mucha influencia —como demuestra la presencia allí de Alcmeón a principios de siglo—, hicieron todo lo posible por derrocar a los Pisistrátidas. Junto a otros exiliados, prepararon una invasión que fracasó en Lipsidrio (al norte de la llanura central, 513). Más tarde, convencieron a los espartanos por mediación de la Anfictionía² délfica. Hubo dos invasiones lacedemonias: la primera, comandada por Anquimolio, se dirigió al Ática por mar desembarcando en Falero, pero los tiranos contaron con el apoyo de la caballería tesalia y los derrotaron sin dificultad. En la segunda ocasión, llegaron por tierra al mando del rey Cleómenes, que hizo huir a los tesalios, y sitió a los Pisistrátidas en la Acrópolis con la ayuda de «los atenienses que querían ser libres»³. El azar puso a su alcance la oportunidad de capturar a los hijos del tirano cuando iban a ser sacados de Atenas. Ello aceleró la capitulación de los sitiados, que aceptaron abandonar la ciudad; y:

Sin más demora, partieron hacia Sigeo, a orillas del Escamandro, después de haber imperado en Atenas por

2. El Consejo que reunía a los representantes de las comunidades del entorno de Delfos.

3. Por lo tanto, no de la masa de los atenienses: Heródoto 5.64.2.

espacio de treinta y seis años... Así se desembarazaron los atenienses de los tiranos.⁴

Al caer la tiranía, la disputa por el poder —que era la disputa por el arcontado— tuvo de figuras estelares a un tal Iságoras y a Clístenes. Aristóteles⁵ habla del apoyo de las heterías al primero, y Heródoto simplemente de la superioridad de Iságoras.⁶ Las heterías eran asociaciones particulares de *philoí* en torno a los hombres fuertes. Agrupaban a individuos influyentes y constituían instrumentos imprescindibles para triunfar en las contiendas políticas. Heródoto dice que Clístenes, ante este reto, decidió «poner al demos en su hetería»,⁷ actitud que puede ser calificada de demagógica y que, sin duda, recuerda mucho a lo que hacían los tiranos. Aunque la sucesión de los acontecimientos no es plenamente clara en la redacción de nuestras fuentes, se puede intuir que, en ese momento, Clístenes publicitaría el plan político que Aristóteles califica de «entrega de la *politeía* a la multitud (*pléthos*)». Lo que haría que el demos aprobara sus medidas y, por tanto, se procediera a la instauración de la *Boulé* de los Quinientos,⁸ el Consejo democrático que constituye el núcleo de las reformas clisténicas. Comenta Heródoto que, hasta entonces, el demos se había visto marginado, es decir, que su presencia política había sido poco relevante. Ante el riesgo, pues, de verse desplazado del arcontado y del poder por la presión popular, Iságoras volvió a llamar a los espartanos, que por segunda vez acudieron bajo el mando de Cleómenes.

4. Heródoto 5.65.3; 5.

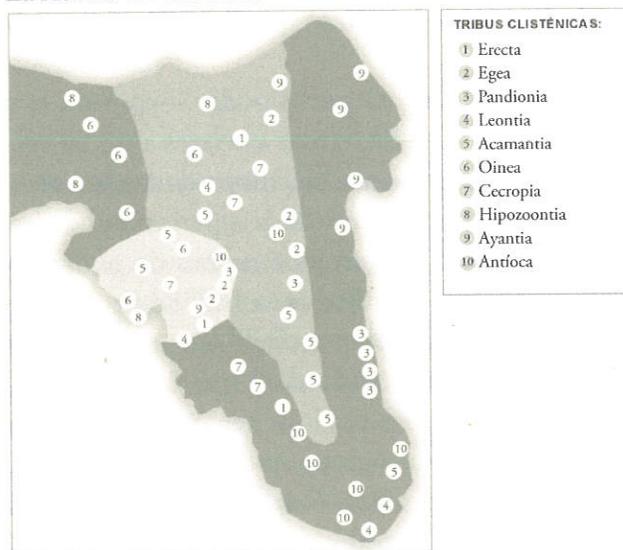
5. *Constitución de los atenienses* 20.1.

6. Heródoto 5.66.1.

7. Heródoto 5.66.2; 69.2.

8. La *Constitución de los atenienses* (21.1) sitúa los cambios tras la expulsión de Cleómenes y la vuelta de Clístenes. En ese caso la *Boulé* defendida por la revuelta popular sería la soloniana, la de los Cuatrocientos.

La Atenas de Clístenes



Por mucho que los lacedemonios hicieran gala de una aversión innata a la tiranía, razón por la que ya habrían intervenido contra los Pisistrátidas, es más razonable sospechar que las autoridades de Esparta considerarían atractiva la posibilidad de obtener con su ayuda un control indirecto sobre Atenas:

De momento Cleómenes envió un heraldo a Atenas para exigir el destierro de Clístenes y, con él, el de otros muchos atenienses, a quienes designaba con el término de «los sacrílegos».⁹

Aunque Clístenes y los Alcmeónidas abandonaron la ciudad antes de entrar Cleómenes, este, aconsejado por Iságoras, desterró a setecientas familias y después «intentó disolver la *Boulé* y poner las magistraturas en manos de trescientos de la facción de Iságoras».¹⁰

9. Heródoto 5.70.2.

10. Heródoto. 5.72.1.

Es decir, la intervención de Cleómenes al servicio de Iságoras no se limitó a derrocar una supuesta tiranía (pues Clístenes ya estaba fuera de Atenas), sino que intentó colocar al frente de la ciudad a una camarilla de afines, empresa que se asemeja a instaurar una tiranía.¹¹ Ante estos hechos se produjo un levantamiento popular, lo que es indicio de un cambio en la conciencia cívica y política de los ciudadanos atenienses, un proceso que se había producido a lo largo de la sexta centuria, y que explica que la propuesta de Clístenes fuera respaldada calurosamente de manera espontánea. Heródoto habla de cómo el demos puso sitio a la Acrópolis, donde se habían fortificado los invasores y los de Iságoras. Al tercer día se permitió salir a los espartanos, incluso a Iságoras, aunque parece que algunos de los sitiados fueron hechos prisioneros y ejecutados. Desde entonces el proyecto de Clístenes empezó a echar raíces y a tener consecuencias en Atenas.

La mejor descripción de los cambios nos la ofrece Aristóteles y conviene leerla con detalle:

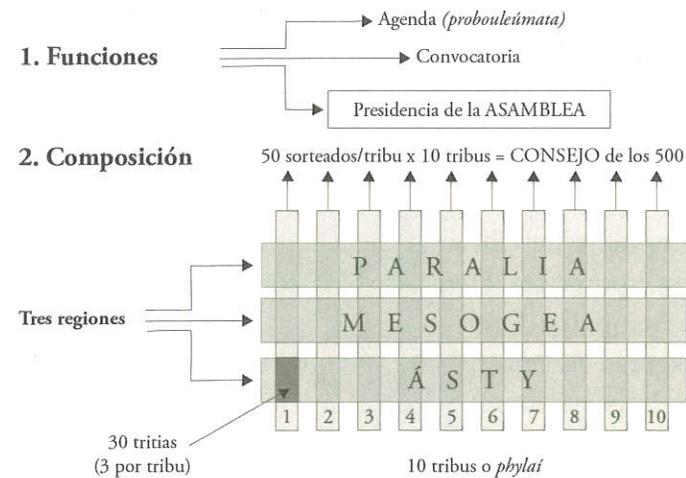
Hizo primero una distribución de todos en diez tribus, en lugar de cuatro que había, con el propósito de mezclarlos, a fin de que participaran más hombres en los asuntos de la polis. De ahí deriva que se diga que no indaguen en las tribus los que se interesan por los vínculos de parentesco. Después estableció un Consejo de Quinientos, en vez de los Cuatrocientos que eran, cincuenta por cada tribu; hasta entonces habían sido cien.¹²

Según Heródoto, lo que llevaría a Clístenes a romper con la denominación de las tribus tradicionales sería alguna animadversión hacia los jonios, el mismo sentimiento que había motivado una política semejante de su abuelo homónimo Clístenes, el tira-

11. Es lo que más adelante, explícitamente, volvió a intentar (Heródoto 5.74.1).

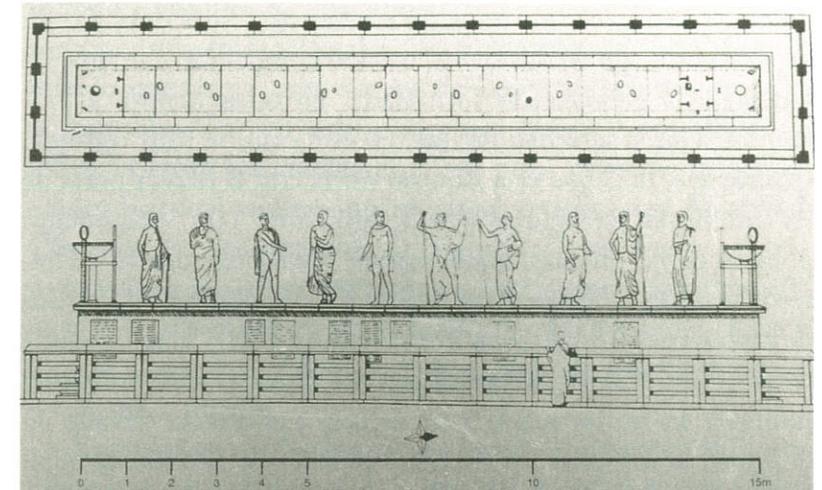
12. *Constitución de los atenienses* 21.1-2.

La Boulé de Clístenes



no de Sición, quien cambió en su ciudad la denominación de las tribus dorias. Obviamente no era esa la razón de la innovación sino, como destaca Aristóteles, la voluntad de mezclar a la población. Por eso, para formar las tribus —que ahora tendrían base territorial y constituirían la plantilla de su artificio político— lo que hizo fue dividir el Ática en tres regiones (costa, ciudad e interior), y cada región en diez departamentos a los que denominó con un término tradicional: tritias. Cada una de las nuevas diez tribus se formaría sumando una tritia de la costa (paralia), una del interior (mesogea) y otra de la ciudad (*ásty*),¹³ con el fin de que en cada tribu se religaran ciudadanos procedentes de las tres grandes áreas, y procurando que las tritias de una misma tribu no fueran colindantes. La unidad básica del organigrama estaría constituida por el demo o aldea, en número algo superior a ciento treinta. Las tareas principales de esta célula administrativa elemental serían, primero, registrar a los ciudadanos y clasificarlos por edad y rentas y, segundo, seleccionar a los candidatos anuales

13. Es el término que se emplea para ciudad en el sentido de urbe.



Plano del Monumento a los Héroes Epónimos junto a una ilustración de la reconstrucción del mismo. En la actualidad se encuentra en el Ágora de Atenas.

para renovar el Consejo, teniendo en cuenta que los aspirantes debían tener mínimo treinta años y pertenecer a las tres primeras clases solonianas.¹⁴ Para ello fueron instituidas una asamblea de demo y una autoridad anual electiva, el demarco:

También repartió el país por demos, organizados en treinta partes, diez de los alrededores de la ciudad, diez de la costa y diez del interior, y dando a estas el nombre de tritias, sacó a la suerte tres para cada tribu, con el fin de que cada una participase de las tres regiones.¹⁵

Las innovadoras disposiciones buscaban mezclar a la población y convertir en ineficaces los antiguos lazos clientelares. El

14. Entre los seleccionados por los demos de una tribu se sorteaba anualmente a los cincuenta prítanos. Se podía ser consejero dos veces en la vida. Por lo tanto, en un lapso de veinticinco años se requería un número entre 12 500 (quinientos por veinticinco) y 6 250 (doscientos cincuenta por veinticinco) ciudadanos para que el Consejo funcionara. Por tanto, la disposición política de los ciudadanos era muy elevada.

15. *Constitución de los atenienses* 21.4.

proyecto clisténico, introducido en Atenas a fines del siglo VI, vigente a lo largo de dos siglos, ha sido comparado con utopías racionales y geométricas formuladas en otros lugares y momentos, con la salvedad de que, en este caso, se hizo realidad. Constituye, más que una ruptura plena con la mayor parte de las anteriores estructuras pseudofamiliares,¹⁶ un vaciamiento político de las mismas. Para empezar, Clístenes solicitó a Delfos la sanción religiosa de su reforma, y dio nombres derivados de héroes tradicionales a las nuevas tribus, con lo que pretendía fabricar una historia ancestral para las recién creadas unidades políticas. El Monumento a los Héroes Epónimos, elevado en el ágora, se convirtió en el centro político de la polis, el lugar donde se hacía pública la información de los actos oficiales (asambleas y vistas judiciales). Pero Clístenes no anuló la función religiosa de las unidades pseudogentilicias más antiguas: los *géne* y las *fratrías*.

El legislador quiso que la integración de los ciudadanos en el sistema tribal decimal se reflejara en el calendario oficial, que pasó a tener diez meses de treinta y cinco o treinta y siete días. El nuevo Consejo constaba de diez agrupaciones, denominadas pritanías tal vez tras las reformas de Efialtes (462 a. C.). A partir de esos momentos, cada una desempeñaría la función de comisión permanente de la *Boulé* durante una décima parte del año, cuando el Consejo no celebrara sesión. La pritanía en funciones convocaba al Consejo cuando era preciso. En todo caso, ya desde Clístenes la tarea del Consejo era preparar las asambleas y hacer pública la agenda de cada sesión para que los ciudadanos supieran previamente de qué se hablaría en la Asamblea. Nada que no hubiera tratado el Consejo podía ser debatido en la Asamblea; esta función decisiva del Consejo

16. El *génos* (plural *géne*) era una unidad de aspecto gentilicio común entre la aristocracia. Son conocidos los *géne* que regentan cultos relevantes. La *phratría* o hermandad (*phráter*, hermano) era una célula de vecindad que reconocía e integraba a los nuevos miembros por nacimiento o unión matrimonial. Ambas instituciones son anteriores a la democracia y sobreviven en ella.

recibe el nombre de predeliberación (*proboúleusis*) y resulta esencial en la formación del ciudadano común. Este procedimiento constituye una cautela de cara al funcionamiento de la Asamblea. Por un lado, introduce plazos y posibilidad de reflexión entre los ciudadanos; por otro, restringe lo que un orador eventual pudiera introducir sin previo aviso. A partir de Clístenes, las decisiones de la Asamblea (*pséphisma*, singular; *pséphismata*, plural) se inscriben en estelas tras la fórmula: «Pareció bien al demo», en un principio; y, más adelante: «Pareció bien al Consejo y al demo», lo que pone de relieve la importancia del binomio.

Este Consejo era renovado anualmente, respetando la proporción establecida en el esquema territorial. Los candidatos debían tener al menos treinta años y solo podían ser consejeros dos veces en su vida. Con estas condiciones, dos tercios de los consejeros no residirían en los demos del *ásty*, neutralizando de este modo la posible preponderancia de los ciudadanos urbanos y más jóvenes en la Asamblea. Del hábito de hacer propuestas y debatirlas en el Consejo, una cámara reducida donde los miembros podían llegar a conocerse, nació la *isegoría*, un concepto tan esencial en la democracia que, a veces, pasa a denominar al propio régimen. *Isegoría* es textualmente el derecho igualitario a la palabra pública, es decir, la autorización extendida a todos de participar en las deliberaciones políticas. Las reuniones de la Asamblea eran presididas por uno de los miembros de la pritanía en ejercicio, el *epistatés*, seleccionado al azar.

Antes de pasar a resumir otras medidas relacionadas con la reforma fundamental del Consejo, conviene recapitular: si la democracia de Solón, según Aristóteles, es estatutaria porque reconoce el estatus de libre a todo ateniense y le otorga canales de defensa ante la justicia, la de Clístenes introduce la deliberación política como elemento diferencial de la categoría de ciudadano.

Los «nuevos» ciudadanos de Clístenes

La insólita plantilla territorial que hemos resumido debía, a tenor de las fuentes, mezclar a la población para que no se distinguiera a los ciudadanos antiguos de los nuevos. Para ello Clístenes pensó en sustituir el patronímico por el demótico:

Convirtió asimismo en miembros de un mismo demo a los habitantes de cada demo, con el objeto de que no se pusieran en evidencia los ciudadanos de nuevo cuño al ser llamados por el patronímico, sino que fueran denominados según el nombre del demo.¹⁷

Aristóteles, en otro lugar y en términos generales,¹⁸ sostiene que los políticos que pretenden instaurar una democracia plena crean nuevas tribus y fraternidades para relajar los vínculos preexistentes y mezclar a los nuevos ciudadanos con los antiguos. La idea es que la integración en —y la pertenencia a— una determinada comunidad la otorga la adscripción a esas unidades en las que se divide la polis; por tanto, para incorporar miembros externos, es preciso abolir los antiguos módulos y crear otros que agreguen a los nuevos ciudadanos. La pregunta de quiénes pudieran ser esos «nuevos» ciudadanos de finales del siglo VI se responde si recordamos la ley de inmigración de Solón y los mercenarios que acompañaron a Pisístrato. Las fuentes hablan de unos «impuros»¹⁹ que, tras la caída de Hi-

17. *Constitución de los atenienses* 21.4. En realidad, no dejó de usarse el patronímico de los miembros de familias de renombre, pero la referencia del demo se convirtió en requisito oficial de identificación. Por ejemplo: Pericles, hijo de Jantipo, del demo de Colargos.

18. Aristóteles, *Política* 1319b 6-10.

19. *Constitución de los atenienses*. 13.4. Clístenes, dice Aristóteles (*Política* 1275b 37), hizo ciudadanos a «extranjeros y metecos de origen servil». Meteco (*metà + oïkos*) es la denominación del extranjero residente.

pías, habrían sido excluidos del cuerpo de ciudadanos. Aunque el término se emplea en la época clásica —designa a quienes no tienen sangre cien por cien ateniense— y no en el siglo VI, lo cierto es que al final de la época arcaica la población del Ática debió de crecer a causa del desarrollo económico y gracias a la legislación vigente. Su proporción no debía de ser preocupante, pero para la política clistélica era conveniente integrarlos.

Hay otra interpretación, no necesariamente excluyente, de la voluntad de mezcla en la que insisten las fuentes. Se trataría de enmarañar los orígenes rurales o urbanos (del *ásty*), a sabiendas de que, hasta ese momento, los habitantes del campo habían estado marginados de la acción política. La proporción en la que quedarían representadas las tres áreas de la polis en el Consejo hacía que el *ásty* ocupara solo un tercio del total de asientos. Los efectos a medio plazo de la constitución de la *Boulé* fueron muy positivos para la población rural acomodada. Los agricultores más o menos prósperos, no demasiado interesados en hacer carrera política, sí consideraban conveniente filtrar y fiscalizar lo que se debatía en la Asamblea, circunstancia para ellos accesible a través de su nombramiento como consejeros.

No es casual que a finales del siglo VI se fraguara el mito del sinecismo de Teseo;²⁰ y más en relación con Clístenes que con

20. Tucídides 2.15.1-2: «Desde los tiempos de Cécrope y de los primeros reyes hasta la época de Teseo, los habitantes del Ática vivieron siempre repartidos en pequeñas ciudades, cada una con sus pritanos y sus magistrados, y cuando no tenían nada que temer no se reunían con el rey para deliberar, sino que deliberaban y decidían su política por separado. Hubo incluso algunos que hicieron la guerra, como fue el caso de los eleusinos y Eumolpo contra Erecteo. Pero cuando subió al trono Teseo y unió el poder a la inteligencia, entre otras medidas que tomó para organizar el país, suprimió los consejos y las magistraturas de las otras ciudades y unificó a todo el mundo en la ciudad actual, estableciendo un consejo y un pritano únicos; y, aunque siguieron ocupando sus tierras separadamente igual que antes, les obligó a limitarse a esta única ciudad, que, cuando fue dejada por Teseo a sus sucesores, se había convertido en una gran ciudad gracias a que todos le aportaban ya sus tributos. Y en memoria de esto los atenienses todavía hoy celebran, a expensas públicas, las fiestas Sinecias en honor de la diosa». Cf. Plutarco, *Teseo* 24.1-2.

los Pisistrátidas, afines a la figura de Hércules. La redacción de la *Teseida*, poema épico que hacía a Teseo el autor primigenio del sinecismo,²¹ parece obra de rapsodas atenienses de la época. A la vez, las cerámicas de figuras rojas representan abundantemente las gestas de Teseo en el Ática. Y en las fiestas Sinecias se hacía participar a los demos. Los Alcmeónidas, familia a la que pertenecía Clístenes, pueden haber sido, desde su exilio en Delfos, los promotores de la elevación de Teseo a unificador de Atenas. Es llamativo el paralelismo de los objetivos de Clístenes y los del primitivo rey de Atenas: ambos aparecen como fundadores de la polis. No obstante, los Filaidas son los responsables de la cima de popularidad alcanzada por Teseo a principios del siglo v. Primero Milcíades, vencedor en Maratón, dedicó el Tesoro de Atenas en Delfos, tras esa batalla, y en las metopas el programa iconográfico recogía las hazañas del héroe junto a las de Hércules. En la década de los 470, su hijo Cimón fue encargado de «recuperar», siguiendo las indicaciones de Delfos, los restos del héroe en la isla egea de Esciros y llevarlos a Atenas, donde se elevó un templo (*Theseion*) y se le dedicó la fiesta de los Teseia.

Los ciudadanos atenienses, desde la intervención clisténica, debían ser reconocidos como tales, primeramente, por las asambleas de los demos que examinaban si cumplían los requisitos exigidos para su inscripción en la lista de demotas (*lexiarchikón grammáteion*). El protocolo se denomina *dokimasía* y consistía en evaluar la ascendencia y estatus del candidato, y confirmar la edad legal para participar en la *politeía*. El texto siguiente resume el procedimiento como se practicaba en el siglo iv, cuando, para ser inscrito, era preciso demostrar no solo haber nacido de una unión legítima, sino también la doble filiación ciudadana. En época de Clístenes se trataría solo de constatar la ascendencia paterna:

21. El término significa 'unificación' (*syn + oikos*) de comunidades independientes previas en una polis.

Son partícipes del gobierno los nacidos de padre y madre ciudadanos, y son inscritos como miembros de un demo a los dieciocho años de edad. Cuando son inscritos votan acerca de ellos, después de hacer juramento, sus compañeros de demo: primero, si estiman que tiene la edad legal (y si resuelven que no, vuelve a la categoría de los menores); segundo, si es libre y de nacimiento legítimo.²²

Este método de control de la pertenencia de los miembros de la polis armoniza con las decisivas facultades depositadas en manos de los ciudadanos. Por ello, seguramente en la legislación clisténica está el origen del estatuto del meteco, el extranjero domiciliado y registrado en la polis. A mayor especificidad en el estatus de ciudadano corresponde un perfil más definido para el extranjero. Como ya se expuso en el capítulo anterior, Solón autorizó la inmigración y arraigo en el Ática de extranjeros con ciertas condiciones. A la larga, los recién instalados en el Ática se asimilarían con facilidad con los nativos sin que fuera posible indagar en sus orígenes. Pero, desde Clístenes, había listas de demotas y control sobre su ascendencia; por tanto, los nuevos residentes se establecerían en calidad de extranjeros. Los metecos solicitaban permiso al demo en el que deseaban vivir, aunque luego la Asamblea de la polis tenía que ratificar el derecho de residencia. Estaban obligados a pagar una pequeña contribución anual (doce dracmas anuales el varón, y seis la mujer) y no podían adquirir propiedades inmuebles.

Los metecos de Atenas no participaban en la vida política; aunque, desde un punto de vista social, convivían plenamente con los ciudadanos. Hasta mediados de siglo existió, de todas formas, una vía habitual de acceso hacia la ciudadanía, la del matrimonio de hijas de metecos con ciudadanos.

22. *Constitución de los atenienses* 42.1.

Las instituciones en el nuevo marco constitucional

El sistema decimal se aplicó paulatinamente a todas las instituciones. Entre ellas, el ejército que, cinco años después de las reformas territoriales descritas, quedó estructurado en diez escuadrones tribales (*táxeis*) con sus diez generales (*strategoí*). Los estrategos eran elegidos por la Asamblea, pero a razón de un candidato entre los que presentaba cada *phylé* o tribu. Al principio, estaban a las órdenes del arconte polemenco, que seguía siendo comandante en jefe del ejército, pero ya en la batalla de Maratón (490) se observa que la presencia del polemenco es formal, no determinante, pues se le pide el voto solo si están empatadas las opciones de los generales:

Entretanto, las opiniones de los estrategos atenienses se encontraban divididas: unos se oponían a presentar batalla (pues, según ellos, contaban con pocos efectivos para enfrentarse con el ejército de los medos), mientras que otros, incluido Milcíades, eran partidarios de hacerlo. En vista, pues, de que sus opiniones estaban divididas y de que iba a prevalecer la menos acertada, fue entonces cuando intervino Milcíades, dado que existía una undécima persona con derecho a voto.²³

Poco después, en el 487 a. C., los arcontes empezaron a ser sorteados cada año entre un elenco de cien preelegidos, lo que puso definitivamente a los diez estrategos al frente del ejército, apartando de él al polemenco. El procedimiento instaurado ya lo conocemos, ya que es el ideado por Solón cuando las *phylai* eran cuatro, y consiste en sortear entre los previamente elegidos por las tribus. Como era de esperar, este protocolo decaería en la fase tiránica, ya que los monarcas de Atenas no querían perder el control de designar a los magistrados con mayores res-

23. Heródoto 6.109.1-2.

ponsabilidades. Reinstaurado en el 487, a partir de entonces no dejó de evolucionar y de generalizarse en la vida democrática. De momento, el sorteo se realizaba entre candidatos de las dos primeras clases, preelegidos por las tribus, y diez de cada una de ellas. Pero llegaría el momento en que dejaría de condicionar el censo y se abandonaría la práctica de la elección previa.

La consecuencia del proceso no tardó en hacerse notar: un hombre sorteado, el polemenco, no tendría nunca el respaldo ni el prestigio suficientes para mandar sobre diez elegidos, los estrategos. Además, los estrategos podían ser reelegidos sin límite temporal, mientras que los arcontes solo podían ejercer un año. Mientras unos afianzaban su preparación militar y conquistaban la popularidad derivada de sus éxitos, los otros estaban de paso hacia el Areópago. Este hecho iba a tener consecuencias decisivas, pues los hombres más preparados y ambiciosos buscaron regularmente revestir el cargo de estratego para canalizar su carrera política. Las opiniones derivadas de sus competencias militares tenían tanto peso que resultaban determinantes, tanto si intervenían en el Consejo como si lo hacían en la Asamblea.

El colegio de arcontes fue incrementado en un miembro, el secretario de los tesmotetes [*thesmothétai*], para conformarlo al sistema decimal; así se hizo con el resto de las magistraturas: cobradores, examinadores, supervisores del ágora o del puerto, etcétera. En resumidas cuentas, la historia del arcontado, a partir de las reformas de Clístenes, es la de su progresiva pérdida de relieve en el marco general de las instituciones de gobierno. Siempre fue, no obstante, un cargo prestigioso y la única vía de acceso al Areópago, Consejo al que las reformas de Clístenes no alcanzaron. El arconte epónimo se encargaba, entre otras cosas, de preparar las fiestas en honor de Dioniso, y el basileo presidía el Areópago en casos de juicio por asesinato. Como para ser arconte había que estar censado en las dos primeras clases, el Areópago siguió siendo, durante un tiempo, un Consejo elitista. Un elemento aristocrático en medio de una constitución que tendía a ser cada vez más igualitaria.

El Areópago detentaba la facultad de examinar a los magistrados, antes (*dokimasía*) y después (*euthýnai*) del ejercicio de sus cargos. También era el tribunal ante el que cualquier ciudadano podía denunciar (*eisangelía*) los delitos políticos (traición, cobro de sobornos, intento de derrocar al demos) por vía extraordinaria, inmediata y sin riesgo para el denunciante. A pesar de ello, los reos de delitos políticos, de los que tenemos noticia,²⁴ aparecen juzgados ante el pueblo. Conocemos una norma, tal vez ya de Clístenes o poco posterior, que prohibía que se aplicara la pena de muerte o se impusieran multas de cierta cantidad «sin una Asamblea plena del pueblo de los atenienses». Ello hace pensar que, en la línea del nuevo régimen, se habría establecido una segunda instancia popular, sin abolir del todo las prerrogativas del viejo Consejo.

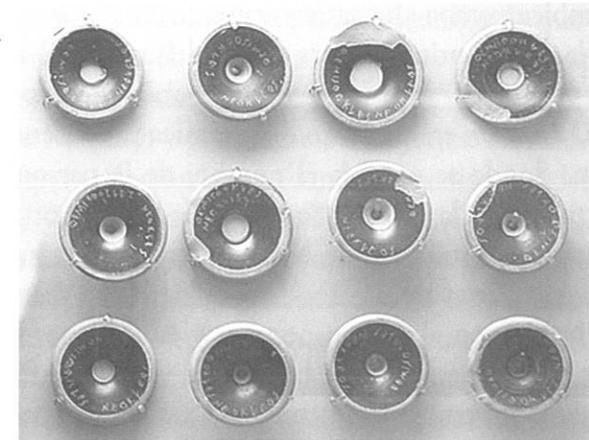
Finalmente, se atribuye a Clístenes la creación de un mecanismo de control de los poderosos denominado ostracismo:

Como había sucedido que la tiranía había abolido por desuso las leyes de Solón, Clístenes puso otras nuevas para atraer al pueblo, entre las cuales fue creada la ley sobre el ostracismo. [...]

Al año décimo de esto [elección de los estrategos por tribus], después que vencieron en la batalla de Maratón, en el arcontado de Fenipo, tras dejar pasar dos años de la victoria, habiendo ganado entonces confianza el pueblo, utilizaron por primera vez la ley sobre el ostracismo, puesta para las sospechas contra los que estaban en el poder, ya que Pisístrato de líder popular y general que era se había establecido como tirano.²⁵

24. El poeta Frínico en el 492 (Heródoto 6.21.2) por su tragedia *La caída de Miletos*, Milcíades (6.104.2) en el 493 por haber ejercido la tiranía en el Quersoneso.

25. *Constitución de los atenienses* 22.1; 3.



Estos *ostraka* datan del 482 a. C. y se recuperaron de un pozo cerca de la Acrópolis. En la actualidad se encuentran en el Museo del Ágora de Atenas.

El ostracismo es una votación secreta en la Asamblea con el fin de expulsar a un ciudadano de la polis por un periodo de diez años. El ostracizado no pierde la ciudadanía, ni el honor, ni sus bienes; su familia puede permanecer en la ciudad y, a su regreso, recupera plenamente sus derechos de ciudadano. Según el pasaje anterior, la única razón del destierro era la sospecha, lo que significa que no se celebraba juicio: no había una acusación, no era preciso demostrar la existencia de un delito, ni había una condena relativa al mismo. La institución contaba con protocolos estrictos, se realizaba una vez al año, y solo podía ser expulsado un ciudadano en cada ocasión. Se exigía un *quorum* de seis mil asistentes en la Asamblea cuyos votos eran contados. La decisión se tomaba por mayoría simple:

En la sexta pritanía, además de lo antedicho, conceden votar a mano alzada sobre el ostracismo, si se resuelve hacer o no.²⁶

26. *Constitución de los atenienses* 43.5.

Si la Asamblea votaba afirmativamente, la *ostrakophoría* se producía en la octava pritanía. Para ello se delimitaba el ágora con un cerco y se preparaban urnas donde había que depositar los *óstraka*. El *óstrakon* era un trozo de cerámica procedente de una vasija rota, donde se escribía el nombre de la persona que se quería expulsar de la ciudad. Se han hallado unos once mil de estos *óstraka* en el subsuelo de Atenas —en el ágora y en el Cerámico— con ciento treinta nombres diferentes; a veces en conjuntos o bolsas con el mismo nombre y escritos por la misma mano, lo que ha hecho sospechar que el voto sería fácilmente manipulable. Sin embargo, si entre la sexta y la octava pritanía había tiempo para hacer campaña difamatoria contra algún enemigo, también lo había para defenderse; y el lapso de tiempo entre la decisión de proceder al ostracismo y su votación efectiva constituye en sí una garantía. El número de las víctimas de ostracismo que conocemos gracias a las fuentes literarias dista mucho del de nombres atestiguados en los *óstraka*; bien es cierto que no todos los que aparecen en los *óstraka* sufrirían el castigo del ostracismo, pero hemos de admitir que los autores antiguos no se hacen eco de los nombres de todos los damnificados.

Hay otro problema. Aristóteles afirma que el ostracismo fue introducido por Clístenes, pero añade que no se empleó hasta tres años después de la batalla de Maratón, en el 487, y que la primera víctima fue Hiparco, hijo de Carmo, miembro de la familia Pisistrátida que, sin embargo, había ejercido de arconte en el 496-5. Es cierto, por otra parte, que muchos de los *óstraka* —todos de la primera época— añaden al nombre del candidato alusiones a sus intenciones y vínculos tiránicos y su supuesta amistad con los medos (persas), dos calumnias muy populares entonces. Efectivamente, el ostracismo fue habitual en la fase de las guerras médicas; con posterioridad, las fuentes apenas hablan de tres casos,²⁷ y no se han encontrado *óstraka*

27. Conocemos el de Cimón en el 462, y el de su yerno Tucídides, hijo de Melesias, en el 443. El último del que hay noticia es del año 417 y afectó a un personaje

más modernos. Así pues, o se ha de desconfiar de que Clístenes hubiera instituido el procedimiento, o es preciso explicar por qué se concentran tantos casos en menos de diez años entre la batalla de Maratón y la expedición de Jerjes. La razón hay que buscarla en la relación entre tiranía y «medismo» (delito de ser propersa). Los persas regularmente habían instituido tiranías en las ciudades griegas que se sometían a su imperio, a lo que se añade que Hippias había regresado con las tropas persas de Datis a Maratón (*infra*). En Atenas, como en el resto del mundo griego, el debate entre aceptar el yugo imperial o resistirse a él debió de ser muy virulento,²⁸ y aún más tras la destrucción de Mileto en el 494 (*infra*). En ese contexto, el ostracismo era un procedimiento que permitía al pueblo, en casos de contraposición política insuperable, como el mencionado, elegir una vía y descartar la otra, alejando de la ciudad a su mayor defensor durante un tiempo. Tal vez por esa razón el ostracismo no se empleó antes y lo hizo con regularidad entre el 487 y el 480.²⁹

Este procedimiento, para una mentalidad moderna, resulta inaceptable, pues implica la imposición de un correctivo sin demostrar la existencia de delito; seguramente era una vía de escape para evitar la división de la comunidad por los personalismos que, en momentos críticos, podían conducir al abuso de poder, es decir, a la tiranía. Se convirtió, de forma inevitable, en un instrumento más de la competencia entre rivales ambi-

de segundo orden, Hipérbolo, por lo que posiblemente la propia institución quedó desautorizada y cayó en desuso; aunque el ostracismo nunca fue abolido.

28. Antes del 506 y poco después, es decir, tras las reformas de Clístenes, los atenienses aceptaron aliarse con los persas y luego rompieron con ellos (Heródoto. 5.96). En el 499 aceptaron ayudar a la rebelión jonia (5.97.3), mientras Esparta mostraba más cautela. Pero en el 498, tras el saqueo de Sardes, los atenienses regresaron a casa. En Maratón, algunos, entre ellos los Alcmeónidas, se hicieron sospechosos de haber hecho señas a los persas con un escudo (6.115; 121; 124).

29. Entre el 487 y el 485 fueron ostracizados: Hiparco, hijo de Carmo, Megacles, hijo de Hipócrates y, tal vez, un Calias (conocido por un solo *óstrakon*). Más adelante, Jantipo, hijo de Arifión, casado con una Alcmeónida, y padre de Pericles; y dos años después Aristides, hijo de Lisímaco.

ciosos. Los autores antiguos lo consideran un recurso típico de la democracia, pues, como dice el pasaje anterior, estaba pensado «contra los poderosos». Aristóteles, que reflexionó sobre el ostracismo en la *Política*, puso de relieve su conexión con el igualitarismo democrático:

Por esta razón las ciudades que se gobiernan democráticamente establecen el ostracismo: estas parecen impulsar la igualdad más que ninguna y así a los que parecen sobresalir en poderío por su riqueza, o por sus muchas amistades (*polyphilia*), o por cualquier otro resorte político, los someten al ostracismo y los destierran durante algún tiempo de la polis.³⁰

Así pues, es probable que, a pesar del problema cronológico que plantea su creación, el ostracismo haya tenido su origen en el mismo Clístenes y su entorno, los que habían experimentado de nuevo los males de los combates por el poder.

La urbe clisténica: primeros edificios públicos

Lo que caracteriza la intervención arquitectónica en Atenas tras Clístenes es que las construcciones o los monumentos se edificaban por decisión pública. Asimismo, se observa la voluntad de romper con la orientación y la finalidad de los proyectos de los hijos de Pisístrato. Varios edificios se proyectaron para cobijar las nuevas instituciones.

Poco después del 510 el ágora sufrió una importante transformación: sus límites fueron definidos con un recinto de piedra y se trasladaron a otros lugares las construcciones que impedían que el ágora fuera un espacio diáfano. Se construyó el edificio del antiguo Bouleuterion en el lugar donde se encontró la ins-

30. Aristóteles, *Política* 1284a 17-22 (trad. de J. Marías).

cripción *TO BOAEYTHPIO* de finales del siglo VI. La construcción no tenía pronaos, pero sí una diferenciación interna entre vestíbulo y auditorio. Se elevó también el antiguo Pritaneo, donde se guardaría la copia de las leyes solonianas, hechas desde los *áxones*. El Thesmotheteion sería tal vez sede de los arcontes; y el Pórtico Real, del basileo. Y se colocaron las primeras estatuas de los tiranicidas, realizadas por Antenor, en el centro de la plaza. Una estructura arquitectónica, llamada *períbolos*, alojaría al tribunal.

También se inició la construcción del teatro de Dioniso Eleuterio para realizar allí las representaciones teatrales con motivo de las fiestas en honor del dios.

En la Acrópolis, en torno al 500, se empezó a cimentar el que se denomina «antiguo Partenón». Se aprovechó para ello los fundamentos en piedra del Hekatompedón anterior, y se frenó la construcción del Olimpeion, iniciado por los Pisis-trátidas en el ágora. La piedra destinada a este se utilizó en la Acrópolis hasta que, tras la victoria de Maratón, el plan se revisó y la piedra se sustituyó por mármol. Se conservan partes de un frontón marmóreo dedicado a la Gigantomaquia, lucha entre Titanes y Gigantes en la que Atenea desempeñaba un papel fundamental. Este templo no había sido concluido cuando se produjo la destrucción del 480 por el ejército de Jerjes.

Isonomía

Heródoto afirma que la reforma de Clístenes introdujo la democracia en Atenas; con ocasión de esta afirmación podría haber hecho una digresión más explícita sobre lo que supuso el cambio político. Sin embargo, concentra más su interés en la semejanza entre las medidas del ateniense y las de su abuelo, el tirano de Sición, que en los principios de la nueva constitución.

A finales del siglo VI no existía el término *demokratía*. El vocablo nació décadas después, cuando la *stásis* entre demócratas y oligarcas pasó a primer plano de la vida interna de la mayoría

de las *póleis*. Por tanto, no parece que Clístenes tuviera por objetivo una democracia en sentido estricto, sino la apertura a una mayor participación de la totalidad de los ciudadanos. Los espartanos habían ayudado a derrocar la tiranía ateniense, seguramente por sospechas de que los tiranos de Atenas podían ser favorables a los persas; pero también habían favorecido a Iságoras frente a Clístenes, tal vez por falta de confianza en la fidelidad del nuevo régimen a la causa griega.³¹ Los persas sostenían tiranías en las ciudades de Asia Menor, lo que determinó que la rebelión jonia del 499 fuera precedida por cambios políticos hacia la *isonomía*.³²

Muchos estudiosos se resisten a considerar a Clístenes padre de la democracia porque, en su ordenamiento político, persistían ventajas para la elite. Por otra parte, es innegable que lo que Clístenes inició cobró vida propia en una evolución imparabable hacia mayores cotas de igualitarismo.

Y eso tiene que ver con la existencia de un espíritu igualitario bastante extendido en el mundo griego de finales del siglo VI que favorecía dicha evolución. Se ha propuesto, por ello, que Clístenes, más que enarbolar el lema inexistente de la democracia, haría público su programa bajo un término muy de su época: *isonomía*. Este vocablo no es conocido hasta los últimos años del siglo VI. Sin embargo, en esa época Heródoto menciona otras *póleis* en las que se producen cambios hacia la *isonomía* tras periodos tiránicos. ¿Qué sentido encierra esta palabra? En época arcaica es frecuente la referencia a la *eunomía* para describir un sistema político respetuoso con las leyes (*nómoi*), un régimen ordenado y, por descontado, jerárquico, en el que la ley era respetada. Por eso, *isonomía*, concepto en el que lo que

31. Hiplas en efecto buscó asilo entre los persas, y Clístenes estuvo a punto de pactar con el sátrapa de Sardes (Heródoto 5.73).

32. Heródoto 6.37.2. Ya en el 520, Meandrio de Samos instauró la *isonomía* (Heródoto 3.142.3) a la muerte de Polícrates. Y, en el 514, el tirano de Mileto, Histieo, afirmaba la relación entre tiranía y poder persa y la voluntad de las ciudades jónicas de implantar sistemas democráticos (4.137.2).

cambia es el prefijo «eu» (bueno) por «iso» (igual), se pensó que sería la palabra adecuada para nombrar aquel sistema en el que todos fueran iguales ante la ley. Pero, de ser así, la *isonomía* sería compatible con un gobierno que repartiera de forma desigual los derechos políticos.

Vayamos, pues, hacia un enfoque más preciso: igual que *eunomía* no se limita a calificar una constitución solo por sus buenas leyes, *isonomía* va más allá de denominar al sistema que introduce igualdad ante la ley. *Isonomía* parece haberse construido a través del prefijo *tò ison* (lo igual) y el verbo *némo* (repartir) por lo que su sentido profundo sería «reparto [político] igualitario», algo que se aviene mejor con los objetivos de la artificiosa distribución territorial de Clístenes, base del nuevo Consejo de los Quinientos.

Atenas ante la amenaza persa

Los primeros años del régimen isonómico

En los apartados anteriores se han señalado algunos aspectos relativos al delicado momento por el que pasaba la polis ateniense en los años inmediatamente posteriores a la expulsión de Hiplas y a la instauración de la *isonomía* clisténica. Ninguno de los hechos relatados se produjo en una ciudad aislada del entorno. Los atenienses que se habían levantado en defensa de la *Boulé* contra la intervención de Cleómenes volvieron a movilizarse, tras el regreso de Clístenes, para frenar una nueva invasión de los lacedemonios, con la concurrencia ahora de tebanos y calcideos, a favor de Iságoras. El éxito de las fuerzas atenienses fue total: primero ante los de Cleómenes, en Eleusis, y más adelante contra beocios y euboicos de Calcis. En esta ciudad se ejecutó una disposición premonitoria de la actuación posterior de Atenas: los vencedores colocaron a cuatro mil ciudadanos propios en las tierras de los hipobotas en calidad de

clerucos.³³ Atenas empezaba a actuar con prepotencia imperialista. Por otro lado, tal como interpretó Heródoto, la respuesta ateniense a los ataques de ciudades vecinas podía leerse como un indicio de los efectos positivos que tuvieron los cambios políticos sobre la sociedad. En el marco explicativo que caracteriza su obra, el historiador consideró que liberarse de la tiranía y pasar a defender los intereses propios era un acicate beneficioso también para la eficacia militar.

El final de la tiranía en Atenas se había producido poco después de la campaña de Darío en Escitia, Propóntide y Tracia (513-12 a. C.), empresa que, aunque no había logrado el máximo de sus objetivos al no poder derrotar y subyugar a los escitas, había supuesto la creación de una satrapía al norte del Egeo, así como el control de la región de los estrechos. En resumen, la expansión persa hacia occidente privó a los griegos asiáticos de la hegemonía comercial en esa región de la que habían disfrutado tradicionalmente;³⁴ Darío, además, impuso un control gubernamental más severo desde Sardes y exigía el pago de los impuestos con regularidad. También los atenienses y las ciudades griegas del norte del Egeo sufrieron las consecuencias de que el Imperio persa se expandiera hasta Macedonia y se adueñara de los recursos minerales de Tracia. Cuando Darío y sus tropas abandonaron el norte del mar Negro y se retiraron de Europa cruzando el puente de barcos extendido previamente sobre el Bósforo, dejó a Megabazo al cargo de la consolidación de Tracia. La anécdota que cuenta Heródoto es que los mandos griegos que lo ayudaron en la campaña escita

33 Heródoto 5.74-77. Los clerucos son colonos que, a diferencia de lo tradicional, no fundan una nueva ciudad independiente de la metrópoli, sino que ocupan territorios de una ciudad preexistente, y mantienen su ciudadanía originaria. Las cleruquías fueron habituales en la política ateniense desde fines del siglo VI. Los hipobotas (criadores de caballos) calcideos eran la elite acaudalada de la ciudad.

34 Desde el 545 las ciudades griegas asiáticas pertenecían al Imperio persa como antes lo habían sido del reino de Lidia. Ciertamente ello originó una emigración de griegos hacia occidente, pero solo con Darío el yugo persa se hizo sentir de manera implacable.

se plantearon cortar el paso a Asia, destruyendo el puente del Bósforo, a lo que Milcíades se habría opuesto. Milcíades (el futuro héroe de Maratón) permanecía entonces como tirano ateniense en el Quersoneso. Pero los griegos perdieron el control de la entrada al mar Negro y el acceso a los recursos mineros y madereros de Tracia.

Antes de que se produjeran las dos campañas persas de los años 490 y 480 hacia Europa, los jonios se sublevaron en el 499 contra el Imperio persa. La denominada rebelión jonia se originó en Mileto, ciudad en la que su instigador, Aristágoras, ejercía de tirano sustituyendo al monarca de la ciudad, Histieo, el cual, tras la campaña escita, había sido llamado a Susa por el Gran Rey. Aristágoras resolvió atender la solicitud de ayuda de los aristócratas de Naxos (*ca.* 500) que deseaban regresar a su ciudad, seguramente con la expectativa de congraciarse con Darío, pero fracasó en la empresa en la que había implicado también a efectivos persas. Esta derrota truncaba las perspectivas de expansión marítima de Darío (proyectada sobre Naxos, Paros, Andros, Eubea); así que Aristágoras, inquieto por su comprometida situación, optó por una huida hacia delante. Depuso la tiranía, introdujo la *isonomía* en Mileto, apelando al apoyo popular, y se dirigió a las dos grandes ciudades del continente, Esparta y Atenas, a solicitar su colaboración contra Persia. Otras ciudades jonias fueron animadas a proceder de la misma manera en los cambios constitucionales.

Como hemos visto, Esparta mantenía una posición diáfana contra un eventual sometimiento a Persia —de ahí su desconfianza hacia los tiranos—, pero la improvisación de la insurrección y la escasa coordinación de los jonios no inspiraban confianza a los lacedemonios. El relato herodoteo pone a Cleómenes como único interlocutor de Aristágoras, quien intentaba atraerse al rey espartano con la tentación de las inmensas riquezas que atesoraba Asia. Al escenario descrito es preciso añadir el papel que desempeñarían otras instituciones de la po-

lis: el otro rey, ya que en Esparta existía una diarquía,³⁵ el Consejo (*Gerousía*) en el que participaban los dos basileos junto a veintiocho ciudadanos mayores de sesenta años, y la Asamblea que tomaba la decisión final.³⁶ Ello responde a la voluntad del historiador de escenificar el contraste con la decisión tomada en Atenas. Ante la pregunta de Cleómenes de cuántos días había de camino desde la costa jonia a Susa, Aristágoras respondió que tres meses, a lo que Cleómenes respondió:

Extranjero milesio, sal de Esparta antes de que el sol se ponga, pues el plan que propones es de todo punto inadmisibles para los lacedemonios, ya que pretendes llevarlos a tres meses de camino del mar.³⁷

Por el contrario, al llegar a Atenas, el milesio habría encontrado una mejor acogida:

Una vez en presencia del pueblo, Aristágoras repitió lo mismo que manifestara en Esparta a propósito de las riquezas de Asia y de la manera de combatir de los persas, haciendo hincapié en que no usaban escudos ni lanzas y en que resultarían una presa fácil. Estos son los argumentos que esgrimió; y, a lo dicho, agregó que los milesios eran colonos de los atenienses, por lo que, en buena lógica, cabría esperar que estos últimos, que constituían

35. Los dos reyes son los generales del ejército, pero no son «el gobierno». Las decisiones se toman, como en todas las ciudades griegas, en la Asamblea, previa reunión del Consejo. Además, existían cinco éforos, magistrados anuales que vigilaban las acciones de los basileos.

36. Los ciudadanos, únicos con derecho a participar en esa asamblea, son denominados espartiatas. El estatus de lacedemonio incluye a espartiatas y periecos, habitantes libres de otras ciudades sin derechos políticos. Los hilotas son campesinos no libres que trabajan las tierras de los primeros, los cuales se dedican exclusivamente a la guerra y no desarrollan ninguna actividad económica. La polis es denominada «los lacedemonios».

37. Heródoto 5.50.3.

una gran potencia, les brindaran protección. Y, dada la entidad de la demanda, no hubo promesa que no hiciera, hasta que consiguió persuadirlos. Parece, pues, que resulta más fácil engañar a muchas personas que a un solo individuo.³⁸

La maliciosa descripción que hace Heródoto de la Asamblea de Atenas que, al final, decidió enviar veinte naves a Jonia, encierra toda la ironía y crítica del halicarnacense. Aristágoras había mentido abiertamente; los ejércitos persas eran muy competentes: tenían una caballería como no existía en ninguna ciudad griega, salvo Tesalia; eran diestros en asaltar fortalezas y la flota contaba con un número elevado de trirremes.³⁹ A los griegos les faltó, aparte de planificación y coordinación, el apoyo de una infantería profesional como solo tenían los espartanos.

Conviene subrayar el hecho de que la decisión ateniense de respaldar la causa jonia fue tomada por la Asamblea, igual que en el 507-6 la Asamblea decidió rechazar un acuerdo que los embajadores de la ciudad habían negociado en Sardes y que significaría someterse a Persia. Las medidas introducidas en el 508 iban habituando a los ciudadanos a gobernar la ciudad; y con esa práctica apareció la conciencia de la necesidad de persuadir a las masas. Tentar al pueblo con las riquezas y captar su voluntad halagándolo y apelando a la leyenda de Atenas como metrópoli de Jonia,⁴⁰ son recursos retóricos para atraer a la multitud. De ahí la conclusión con la que el historiador cierra el pasaje y que adelanta las reticencias de Heródoto sobre cómo se planificó la rebelión.

38. Heródoto 5.97.1-2.

39. La trirreme recibe ese nombre a causa de los tres pisos de remeros que requiere. Es una nave de guerra; una nave rápida que no puede llevar carga. En esos tiempos era la embarcación más moderna y requería unos ciento ochenta remeros.

40. Ión, hijo de Creusa, sería el epónimo de los jonios. Es a partir de la época de la que nos ocupamos ahora cuando los atenienses crearon y explotaron el relato pseudo-histórico de la fundación de las *póleis* jónicas por Atenas.

El levantamiento careció de un objetivo claro y un mando unificado. Inicialmente, los rebeldes se beneficiaron del efecto sorpresa y tomaron Sardes, pero ante la noticia de la llegada de refuerzos enemigos se retiraron a Éfeso, donde fueron derrotados. Tras estos hechos, los atenienses y los eretrios (la otra ciudad europea que prestó ayuda) abandonaron el escenario bélico, lo que indica lo endeble de la causa jonia. Los persas, poco a poco, consiguieron recuperar el Helesponto, la Propóntide y Chipre, y someter Eolia y Jonia. Tras la caída de Clazomenas en Jonia y Cime en Eolia, Aristágoras intuyó la derrota y decidió refugiarse en Mircino, la plaza tracia junto al Pangeo que había recibido Histieo de Darío. Allí murió asesinado por los edones y, con su muerte, se extinguió cualquier posibilidad de acción concertada griega. Mileto fue tomada y arrasada en el 494. El estupor que causó en Atenas se resume en la siguiente anécdota que narra Heródoto:

Los atenienses pusieron de relieve, de muy diversas maneras, el gran pesar que sentían por la toma de Mileto; y, concretamente, cabe señalar que, con motivo de la puesta en escena de *La toma de Mileto*, drama que compuso Frínico, el teatro se deshizo en llanto, y al poeta le impusieron una multa de mil dracmas por haber evocado las desgracias familiares (*oikéia káka*); además, se prohibió terminantemente que en lo sucesivo se representara dicha obra.⁴¹

Los atenienses tenían motivos para la aflicción y para el desasosiego. Y, asimismo, para considerar propia la desgracia de Mileto. La batalla final en el mar, en Lade, había supuesto la destrucción de las flotas de ciudades poderosísimas: un total de trescientos cincuenta y tres barcos, de los cuales cien triremes de Quíos, ochenta de Mileto y sesenta de Samos. En

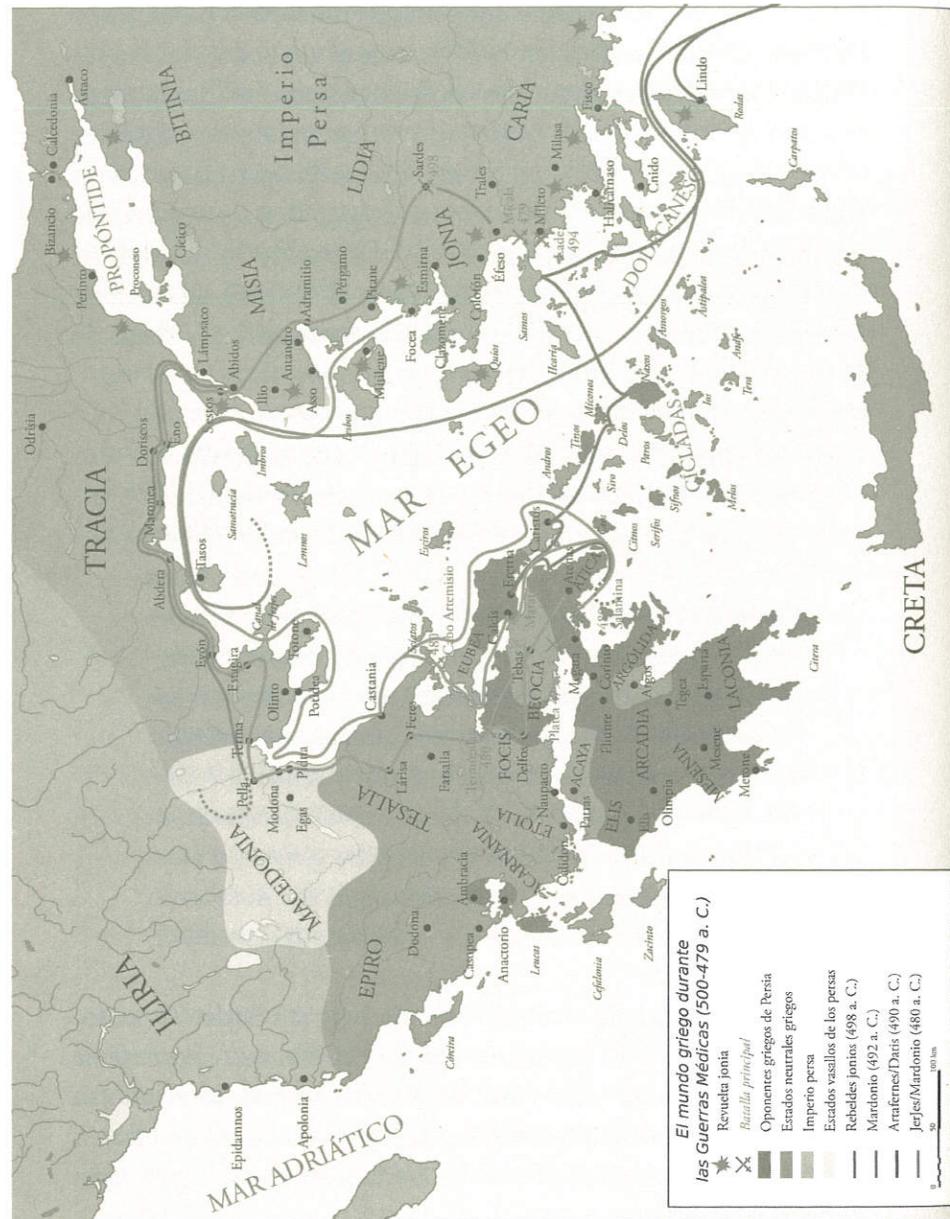
41. Heródoto 6.21.2

el 499 Atenas había enviado veinte de sus cincuenta naves, y Eretria, diez. Y, sin embargo, el respaldo de los atenienses a la causa de los jonios los había convertido en objetivo persa. Poco después de estos hechos, en el 493, ante el avance de las tropas de Darío, Milcíades abandonó definitivamente el Quersoneso y, a su regreso, se reveló como uno de los máximos paladines de la resistencia contra los persas. En su propia ciudad, con todo, tuvo que afrontar una demanda por tiranía, a pesar de no haberla desempeñado en Atenas. El pueblo lo absolvió y, a continuación, lo eligió estratego para el 490-89. Hemos de interpretarlo como una manifestación democrática a favor de la resistencia frente del Medo:

Así pues, el tal Milcíades, que había vuelto ya del Quersoneso, era a la sazón uno de los estrategos atenienses después de haber escapado dos veces a la muerte; pues, por una parte, los fenicios que lo persiguieron hasta Imbros estaban empeñados en capturarlo y en conducirlo a presencia del Rey; pero es que cuando, de regreso a su patria, tras haber escapado de los fenicios, se consideraba a salvo, justamente entonces sus enemigos arremetieron contra él y lo hicieron comparecer ante un tribunal acusándolo de haber ejercido la tiranía en el Quersoneso. Sin embargo, también consiguió escapar de esos enemigos y, libre de cargos, fue nombrado estratego de los atenienses al ser elegido por el pueblo.⁴²

Otro relevante adalid de la resistencia fue, sin duda, Temístocles, elegido para el arcontado del 493-2. En esa época ya se habían iniciado las obras para convertir el Pireo en el puerto de Atenas en sustitución de Falero. Tucídides lo menciona en relación con la culminación de las obras antes de la expedición de Jerjes del 480:

42. Heródoto 6.104.



Temístocles también los persuadió a finalizar las construcciones del Pireo que faltaban (habían sido iniciadas anteriormente, en tiempo de la magistratura que había desempeñado durante un año en Atenas); consideraba, en efecto, que el lugar, con sus tres puertos naturales, era perfecto.⁴³

En la primavera del 492, el yerno de Darío, Mardonio, navegó desde Cilicia al mar Egeo y, tras devolver la democracia a las ciudades jónicas,⁴⁴ siguió por el norte del Egeo a lo largo de la costa tracia para consolidar esta satrapía de cara a operaciones posteriores. Al iniciar esta campaña, no obstante, proclamaba que su destino era Eretria y Atenas. Cuando la flota llegó a la península más oriental de la Calcídica, en el monte Atos, una tormenta destruyó trescientas naves y perecieron veinte mil hombres, según Heródoto. Sin embargo, todas las ciudades griegas de la costa, además de la isla de Tasos y el reino de Macedonia, fueron incorporados al Imperio.

En el año 491, Darío envió emisarios a pedir a los griegos de las islas y del continente el sometimiento a su dominio («la tierra y el agua»). Muchos se sometieron y esta es una realidad que debe tenerse presente, ya que la amenaza a la que se enfrentaron los que optaron por resistir era verdaderamente imponente. Entre los que prefirieron aceptar el vasallaje hay que destacar la isla de Egina, rival eterna de Atenas en el golfo Saronico, y una amenaza, desde entonces, para la causa de la libertad griega, igual que la ciudad de Argos. Contra Egina, en este caso, Atenas obtuvo el apoyo de Esparta como líder de la Liga del Peloponeso. Esparta y Atenas dieron muestras incontestables de que no iban a rendirse:

43. Tucídides 1.93.3.

44. Heródoto 6.43.3. Ha de entenderse esta medida como oportunismo populista.

Los atenienses arrojaron a quienes les formularon dicha exigencia al bátrato, y los espartanos a un pozo, instándoles a que sacaran de allí la tierra y el agua y se la llevaran al Rey.⁴⁵

Al principio del verano del 490, la flota de seiscientas⁴⁶ trirremes, dirigida por Datis y Artafernes, estaba preparada en Cilicia para atravesar el Egeo y exigir la capitulación de las islas. En agosto la comitiva llegó a Eubea, tomó Caristo al sur de la isla, se dirigió a Eretria y esta ciudad solicitó ayuda a Atenas. Atenas envió al rescate de Eretria a sus cuatro mil clerucos de Calcis que, al poco y ante la sospecha de que esta polis pudiera hacer defección, decidieron cruzar el estrecho del Euripo y marchar a Oropo, al norte del Ática. De este modo estuvieron presentes en Maratón. Eretria cayó el séptimo día del sitio, un tiempo que permitió a los atenienses prepararse para el próximo asalto. Los persas, tras tomarse unos días, zarparon de Eubea y:

Como Maratón era la zona del Ática más apropiada para emplear la caballería y la más próxima a Eretria, allí los condujo Hipias, el hijo de Pisístrato.⁴⁷

Los atenienses, en cuanto tuvieron noticia de la caída de Eretria y del desembarco persa, enviaron heraldos a pedir ayuda a Esparta y a Platea. Y, a la vez, desplazaron su ejército, nueve mil hoplitas, hacia Maratón para impedir la embestida directa contra la ciudad; al día siguiente, llegaron los mil hoplitas de Platea, las fuerzas totales de esta pequeña ciudad beocia, aliada

45. Heródoto 7.133.1. El bátrato es un pozo también.

46. Tal vez un número tópico para cualquier flota persa. No obstante, los especialistas recomiendan no bajar el cómputo por debajo de trescientos. Conviene recordar que Atenas, a lo largo de la Pentecontecia (478-431) era capaz, como máximo, de armar trescientas trirremes. Unos noventa mil hombres se calcula que integraban el ejército persa, de los cuales ochocientos constituían su elite: la caballería.

47. Heródoto 6.102.

de Atenas y enemiga de Tebas. Como se ha comentado, los diez estrategos atenienses estaban en desacuerdo sobre si debían presentar batalla, por lo que la decisión dependió del voto de calidad del polemenco Calímaco.

Una vez formados en orden de batalla y, en vista de que los presagios resultaban favorables, los atenienses, nada más recibir las órdenes de avanzar, se lanzaron a la carrera contra los bárbaros. (Por cierto, la distancia que separaba a los dos ejércitos no era inferior a ocho estadios [1420 metros]). Por su parte los persas, cuando vieron que el enemigo cargaba a la carrera... sin contar con caballería ni con arqueros, consideraban que se habían vuelto locos.⁴⁸

El éxito del ejército griego en Maratón se debió especialmente a la superioridad del armamento hoplita —el equipo de protección y la larga lanza de casi dos metros y medio— y a haber previsto los movimientos de la caballería persa, la cual solo habría sido efectiva si se le hubiera permitido atacar lateralmente. Sin embargo, la formación compacta de los lanceros ofrecía resistencia tanto a un ataque frontal de la caballería como a las flechas, al menos si eran lanzadas a cierta distancia. La infantería griega a la carrera se lanzó contra una infantería estática persa y rompió sus alas laterales. A la vista de que el centro (persas y sacas) resistía, Milcíades ordenó a los flancos lanzarse contra ellos desde detrás, rodeándolos. De esta manera, la victoria por tierra fue completa al atardecer del día 17 de agosto, y los generales enviaron a un corredor para que diera la noticia en el *ásty*. Mientras tanto, llegaban a Maratón los dos mil hoplitas lacedemonios que habían salido de su ciudad casi tres días antes,⁴⁹ tras la celebración de las fiestas Carneas, pudiendo

48. Heródoto 6.112.1-2.

49. Doscientos cincuenta y cinco kilómetros en dos días y una noche.

contemplar cómo los persas se refugiaban en sus naves. Cuenta Heródoto⁵⁰ un rumor según el cual, al amanecer del día siguiente, la flota enemiga recibió una señal, realizada por algún traidor de la familia Alcmeónida con un escudo que reflejaba el sol naciente. Tras ello, habrían zarpado hacia cabo Sunion, al sur del Ática, para dirigirse a Falero y atacar desde allí Atenas; pero, al llegar, comprobaron que el ejército victorioso había cruzado a marchas forzadas el territorio ático, por lo que decidieron emprender la retirada. El historiador de Halicarnaso exonera a sus amigos Alcmeónidas de toda sospecha mientras recuerda la muerte de Calímaco en la batalla:

En esta batalla librada en Maratón perdieron la vida unos seis mil cuatrocientos bárbaros y ciento noventa y dos atenienses.⁵¹

La inesperada victoria de Maratón fue realmente un hito que alimentó el orgullo y la autoestima atenienses, y un éxito muy significativo para la causa de todos los griegos. Aunque, desde el punto de vista de las proporciones del Imperio persa, esta batalla no era una derrota en modo alguno decisiva, Maratón se convirtió en un punto de inflexión; a partir de entonces, la resistencia frente a los persas contó con un ejemplo estimulante que animaba su moral de victoria. Por otra parte, Atenas se mostró en condiciones de medirse con la polis que, por el momento, era la más adecuada para ejercer el liderazgo griego: Esparta. Maratón fue una victoria hoplita en la que, además de atenienses, habían participado los plateos, hecho que no olvida Heródoto, ni el mural que, en la década de los 470, fue pintado en el Pórtico Policroma-

50. Heródoto 6.123.1: «Los Alcmeónidas sentían hacia los tiranos la misma aversión que ese individuo [Calias], o casi tanta. De ahí que me cause extrañeza y no admita la calumnia de que hicieran una señal, levantando un escudo».

51. Heródoto 6.117.1. Las cifras concretas de bajas, especialmente las de contingentes griegos, suelen ser verosímiles en Heródoto.

do.⁵² Sin embargo, los atenienses llegaron a vanagloriarse de tal modo de esta batalla que más adelante, a menudo, obviaban que los plateos también guerrearon en ella y que los espartanos enviaron un ejército. Decían haber luchado solos en Maratón, lo que esgrimían como argumento para justificar el ejercicio de su hegemonía sobre «los griegos» a lo largo de los casi ochenta años que separan las guerras médicas del fin de la guerra del Peloponeso.

La década de los 480 y la campaña de Jerjes

Tal como, en parte, hemos ido relatando, los años que siguieron a la victoria del 490 no fueron el escenario de una vida política sosegada en Atenas. Conviene ahora poner los acontecimientos en su perspectiva histórica, es decir, relacionarlos con las etapas de la guerra contra el Medo. Las diferencias que separaban a los líderes atenienses son muy parecidas a las que enfrentaban unas ciudades con otras: optar por resistir o medizar era otra forma de manifestar la rivalidad política.

El primer suceso que conocemos tras Maratón es que Milcíades convenció a los atenienses para realizar una campaña contra la isla de Paros, seguramente con el fin de liberar del yugo persa las islas Cícladas que habían servido de plataforma a la invasión. Esta política no era descabellada; es exactamente lo que se haría diez años más tarde, en el 479-78.

La fama derivada de la derrota infligida al enemigo en Maratón, y el hecho de que Milcíades ya había conquistado Lemnos para Atenas, explican la aprobación de esta propuesta, dotándola con setenta barcos. Milcíades llegó a Paros, sitió la ciudad durante veintiséis días, exigió la entrega de un tributo de cien talentos; pero, después de todo, fracasó y tuvo que

52. La *Stoa Poikilé* o Pórtico Pintado, al norte del ágora. Pausanias 1.15.3: «Los beocios de Platea y los del Ática van al encuentro de los bárbaros». En la escena fueron representados también Calímaco y Milcíades.

retirarse. Regresó a Atenas, herido mortalmente en un muslo, y afrontó allí una demanda interpuesta por Jantipo por «mentir al pueblo». Con la herida gangrenada y sin capacidad para defenderse, se libró de la pena de muerte por los anteriores servicios a la ciudad, pero fue multado a pagar 50 talentos⁵³ a la ciudad, cantidad de la que se hizo cargo su hijo Cimón, ya que, en efecto, falleció poco después.

Jantipo estaba casado con una mujer Alcmeónida, por lo que se lo relaciona con este grupo familiar. Y, como se ha comentado, existía la sospecha o el rumor de que los Alcmeónidas habían traicionado a la ciudad en Maratón. También es significativo que en el 487 se aplicara por primera vez el ostracismo, y que las primeras víctimas sean hipotéticos medizantes: un miembro de la familia Pisistrátida, Hiparco, nieto de Hipias; después, un Alcmeónida de nombre Megacles; luego Jantipo (en el 485-4) y, enseguida, Aristides. Si es cierto que el ostracismo se empleó como un modo de dirimir cuestiones políticas graves, como decidir la posición de Atenas frente a la demanda de sometimiento formulada por el Imperio persa, se impone la conjetura de que detrás de estos hechos estuviera la figura fuerte del momento, Temístocles, claro exponente de la postura más radicalmente contraria a medizar. Fue Temístocles el que convenció a los atenienses de que «se hicieran marinos»:

Antes de la expedición de Jerjes las [flotas] que poseían los eginetas, los atenienses y algunos otros eran pequeñas y estaban formadas en su mayor parte por pentecónteros;⁵⁴ fue más tarde cuando Temístocles persuadió a los atenienses, que estaban en guerra con los eginetas y a la vez que a la espera del ataque de los bárbaros, a construir las naves con las que combatieron.⁵⁵

53. Un talento de plata equivalía a seis mil dracmas.

54. Barcos antiguos de carga de cincuenta remeros.

55. Tucídides 1.14.2-3.

Otra opinión de Temístocles había prevalecido felizmente; fue cuando los atenienses, en vista de que en el erario público había grandes sumas de dinero que procedían de sus minas de Laurio [sur del Ática], se disponían a repartírselas entre todos a razón de diez dracmas por cabeza. Entonces Temístocles convenció a los atenienses para que desistieran de llevar a cabo ese reparto y, con las sumas de que disponían, construyesen doscientas naves para la guerra (aludiendo al conflicto con los eginetas), por lo que la existencia de ese estado de guerra salvó a la sazón a Grecia al obligar a los atenienses a convertirse en marinos.⁵⁶

Tal vez un indicio de la futilidad de muchas de las imputaciones que condujeron al ostracismo es que, cuando iba a producirse la llegada de Jerjes, todos los expulsados de Atenas fueron repatriados, y se priorizó la causa de la defensa común en momentos de extrema necesidad:

Cuando Jerjes avanzaba a través de Beocia y Tesalia contra Atenas, tras abolir la ley, votaron el regreso de los desterrados, sobre todo por miedo de que Aristides, asociado con los enemigos, corrompiera e hiciera pasar al bando de los bárbaros a muchos ciudadanos; no juzgaban con acierto al hombre que, antes incluso de ese decreto, se pasaba la vida exhortando y animando a los griegos a la libertad.⁵⁷

56. Heródoto 7.144.1-2. A partir de este momento, el estado poseía los cascos de las naves que armaban y dotaban de tripulación los trierarcos particulares que asumían el gasto de esta «liturgia» a cambio de ejercer de capitanes de la nave.

57. Plutarco, *Aristides* 8.1 (trad. de J. M. Guzmán Hermida).

La Asamblea ateniense decidió no someterse a las exigencias de Jerjes cuando, tras haber consultado a Delfos, el oráculo comunicó que Atenas se salvaría tras «un muro de madera», lo que, para muchos, significaba luchar en el mar. Este pronóstico también concluía con unas palabras inquietantes sobre la destrucción que se produciría en Salamina. Los intérpretes de vaticinios y algunos ciudadanos se oponían, por esa razón, a enfrentarse a los medos en batalla naval, pero Temístocles dijo que, puesto que la profecía invocaba a la «divina Salamina» y no a la «funesta Salamina», se refería a la suerte del enemigo. Así que la postura de quienes preferían abandonar el Ática e instalarse en otro lugar quedó derrotada.

La otra polis resuelta a impedir el avance del poder persa era Esparta. Esta ciudad controlaba casi toda la península del Peloponeso a través de una red de alianzas bilaterales que ha sido denominada Liga del Peloponeso. De este modo, Esparta podía movilizar las fuerzas de ciudades tan importantes como Corinto, Elis, Tegea, Mégara, Egina, Trecén o Sición y ponerlas bajo su mando. Solo la ciudad de Argos, entre las más relevantes, escapaba a su control y representaba un peligro para la resistencia. Argos no pudo ser sometida, pero Esparta, como potencia hegemónica de la Liga y única comunidad que disponía de un ejército verdaderamente profesional, estaba llamada a dirigir la defensa de todos los griegos. En noviembre del 481, «los griegos»⁵⁸ fueron convocados por Esparta en el santuario de Posidón sobre el istmo de Corinto, donde decidieron posponer cualquier guerra entre ellos y colocar a Esparta en la dirección de la campaña, tanto por tierra como por mar. Reunidos de nuevo en el verano del 480, ratificaron la hegemonía espartana y fijaron por acuerdo la estrategia fundamental, consistente en poner una barrera a los ejércitos de Jerjes en el norte de Grecia: por tierra, en el paso de las Termópilas, y en el mar, paralelamente, a la altura del norte de la isla de Eubea, en el

58. Es la denominación que se dieron los aliados del Istmo.

cabo Artemisio. Incluso Atenas se sometió a la condición que imponían los aliados de Esparta, a pesar de aportar más de la mitad de los barcos griegos. Siracusa y Corcira (Corfú), de las que se había recabado apoyo militar, decidieron no aportarlo si no se les entregaba la dirección de las operaciones conjuntas. La reunión se disolvió en agosto con la noticia de que Jerjes había llegado a Pieria (sur de Macedonia).

Los persas, tras la muerte de Darío en el 486 y la sublevación de Egipto, a la que se enfrentó su hijo Jerjes, habían pospuesto el avance hacia Occidente, iniciado en el 491. Pero en el 483 volvieron a poner todo el interés en las regiones del otro lado del Egeo. Lo primero que realizaron fue un canal en la península de Atos, en la Calcídica, para que sus naves pudieran atravesar esas aguas sin riesgo a las tormentas.⁵⁹ El canal tenía dos mil doscientos metros de longitud y veinte de anchura; fue planeado por ingenieros fenicios y su construcción se prolongó más de dos años. Era necesario cruzar el Helesponto, para lo que había que construir dos puentes de barcos, el doble de largos que el realizado en la época de Darío sobre el Bósforo: cada uno en torno a los mil trescientos metros. En este caso, el diseño corrió a cargo de un matemático griego de nombre Hárpalo. Sabemos por Heródoto que Jerjes dedicó cuatro años, tras la recuperación de Egipto, a los preparativos del ejército. Finalmente, partió de Susa en el verano del 481 hasta Critala (ubicación desconocida) en Capadocia. Este era el punto de encuentro de los ejércitos de tierra con los que se dirigió, la primavera siguiente, hacia Sardes, y desde allí envió un ultimátum a los griegos. La última etapa en Asia lo llevó al Helesponto, donde llegó a finales de abril y permaneció hasta finales de mayo del 480, viendo cómo sus ejércitos se iban desplazando al lado europeo. Sus fuerzas, al margen de las cifras exageradas de las fuentes antiguas, se han calculado en unos cuatrocientos

59. Mardonio había sufrido la pérdida de la flota persa por efectos de una tormenta en esta península en el 492 a. C.

cincuenta mil hombres, de los que un tercio iría en las naves, y la caballería ascendería a ochenta mil jinetes.

Conociendo la envergadura de la empresa, la mayor parte de los griegos estaban dispuestos a aceptar el vasallaje exigido para no ser destruidos. Y Delfos aconsejaba neutralidad. En realidad, el único objetivo declarado de la campaña persa eran Esparta y Atenas. Cuando las fuerzas coaligadas de los griegos tuvieron noticia de que los persas habían cruzado el Helesponto, examinaron el valle del Tempe para ver si era posible establecer la defensa al norte de Tesalia, pero concluyeron que no era factible; ello determinó que Tesalia medizara. También lo hizo Tebas y varias ciudades beocias; pero no Tespias, ni Platea. No medizaron las regiones del norte de Beocia: Fócide, Lócride, Dóride. La opción alternativa de situar la defensa en las Termópilas y Artemisio se explica por la proximidad de ambos lugares, en la idea, asimismo, de que la angostura favorecía la causa griega por la desproporción de sus efectivos, tanto por tierra como por mar. Ambos contingentes estaban interconectados, y aunque era claro que el ejército griego de tierra no podía vencer al persa, sí podía dilatar su avance mientras la flota lograba una victoria. Esparta y las ciudades de su Liga enviaron hombres a ambos puntos, especialmente al rey Leónidas con su guardia personal de los trescientos para defender el paso de Termópilas, y en su camino hacia el norte se les unieron varios centenares de tespieos y tebanos (estos a título personal); en total había unos cinco mil hombres con Leónidas. Atenas puso en el mar ciento cuarenta y siete de sus doscientos trirremes; en total, los griegos sumaron trescientas veinticuatro en Artemisio, al mando del espartano Euribíades. Los griegos, tanto los atenienses como los eginetas, habían desarrollado una novedosa táctica que consistía en embestir para romper la línea del enemigo, mientras que los persas seguían el método tradicional del abordaje para combatir sobre las cubiertas. Mediante estos avances técnicos lograron algún éxito en Artemisio; contribuyó también a la causa griega la tormenta que destruyó

doscientas naves persas. Los griegos interpretaron que el dios Posidón estaba de su parte.

Lo que aceleró el avance persa hacia el sur fue que un traidor, de nombre Efiates, informó a Jerjes de la existencia de un paso alternativo al de Termópilas. Rota la línea defensiva, el final de los hombres que la defendían junto a Leónidas estaba sancionado. El rey hizo regresar a buena parte de sus tropas, pero recibió la orden de su ciudad de permanecer hasta el final, gesta que les reportaría fama inmortal tanto a él como a su polis. Cuando Euribíades tuvo conocimiento de la derrota, ordenó retirar la flota hacia el sur. En las Termópilas murieron los espartiatas, junto a los tebanos y tespieos. Es conocido el epitafio que se dedicó a los primeros y que recoge Heródoto:

Caminante, informa a los lacedemonios que aquí yacemos por haber obedecido sus mandatos.⁶⁰

Las pérdidas en el mar y lo avanzado de la estación (mediados de septiembre) presionaban sobre los persas. Mientras la flota griega entraba en el golfo Sarónico, los atenienses evacuaban aceleradamente la ciudad y los campos, según un decreto adoptado por la Asamblea. La población civil fue llevada a Trecén, Egina y Salamina. Cuando llegaron las tropas persas de tierra, el 27 de septiembre, encontraron la región despoblada; devastaron los campos e incendiaron la ciudad y la Acrópolis. Una vez trasladada la población, la flota griega echó anclas en Trecén y los griegos del Peloponeso se disponían a defender el istmo desconfiando de poder derrotar a la flota persa. Temístocles, empeñado en presentar batalla frente a Salamina y no abandonar el Ática y la Megáride a los persas, consiguió convencer a Euribíades de las posibilidades griegas de éxito e hizo todo lo posible para que los griegos no se retiraran. Atenas aportaba doscientas de las trescientas setenta y ocho naves que componían la armada helena.

60. Heródoto 7.228.2.

La flota persa llegó el día 28 de septiembre y amarró en Falero, mientras los griegos fondeaban en las playas de Salamina, en la zona más estrecha frente a la península Ática. Allí los persas construyeron un trono para que Jerjes contemplara la inminente contienda. Euribíades adoptó el plan que le propuso Temístocles, que consistía en hacer entrar las naves persas en el angosto brazo de mar que separa Salamina del Ática. Dado que las naves persas eran de mayor tamaño y su *modus operandi* consistía en el abordaje, las naves griegas, más rápidas, rompieron las líneas del enemigo. A eso se añadió el conocimiento que tenían los locales de los cambios del viento, algo que lógicamente pudo contribuir a dificultar las maniobras del enemigo. La derrota fue total, por lo que Jerjes, dado lo avanzado de la estación, decidió volver por mar hasta el Helesponto, empresa que le llevó cuarenta y cinco días. Que este éxito era atribuible a la visión de Temístocles lo afirman tanto Heródoto como Tucídides, quienes ponen en boca de otros oradores la evidencia de que retirarse al Peloponeso hubiera supuesto dividir las fuerzas y hacer imposible la defensa de la causa unitaria:

[Mnsífilo a Temístocles antes de la batalla:] «A fe que si los griegos hacen zarpar sus naves de Salamina ya no podrás librar batalla naval por patria alguna, pues todos ellos se dirigirán a sus propias ciudades, y ni Euribíades, ni ningún otro conseguirá detenerlos e impedir que la flota se disperse».⁶¹

[Los embajadores atenienses en Esparta en el 432 a. C.] «Al no podernos defender por tierra, nos embarcamos con todo el pueblo en las naves y participamos en la batalla de Salamina; y esto fue lo que impidió que aquellos atacaran por mar y saquearan, ciudad por ciudad, el Peloponeso, pues no hubiera sido posible una ayuda

61. Heródoto 8. 56.2.

mutua contra tantas naves... Se demostró claramente que la suerte de los griegos dependía de las naves; y nosotros contribuimos a ello con los tres factores más útiles: el mayor número de naves, el general más inteligente y el ardor más decidido... Temístocles como jefe, que fue el artífice de que la batalla naval se librara en el estrecho»⁶².

Temístocles era el hombre político del momento, al menos en Esparta, donde fue calurosamente homenajeado; los peloponesios le estaban agradecidos por haberlos salvado de la aniquilación. Pero en Atenas, las cosas no estaban tan claras, dada la destrucción y falta de alimentos en que se encontraba toda la población. Por ello volvían a tener peso los argumentos de los partidarios de llegar a un entendimiento con Persia. La ciudad estaba destrozada y las cosechas perdidas y, mientras tanto, los espartanos parecían pensar solo en salvar a los peloponesios. No contribuiría a la causa de Temístocles ver cómo se elevaba la defensa del istmo de Corinto. Insiste Tucídides que Temístocles tuvo siempre muy claro que los atenienses tenían que convertirse en una potencia naval, y eso pensando no solo en la defensa de una nueva invasión persa, sino en la pugna con Esparta por la hegemonía. Si esta polis era la gran potencia de infantería, Atenas debía convertirse en una potencia naval. Así las cosas, la elección de estrategos para el 479-8 recayó, entre otros, en Jan-tipo y Aristides, los dos generales que dirigieron las fuerzas atenienses en Micala y Platea, respectivamente. Temístocles, por extraño que parezca, no aparece entre los estrategos de ese año.

En el escenario persa, cuando Jerjes llegó al Helesponto, los puentes habían sido destruidos por una tormenta, pero las fuerzas de tierra fueron trasladadas en barco a la otra orilla. En Tesalia y Beocia, no obstante, hibernaron los ejércitos al mando de Mardonio, tal vez unos sesenta mil hombres, a los

62. Tucídides 1.73.4; 75.1.

que se unirían otros cuarenta mil desde Potidea, a las órdenes de Artabazo, más los griegos medizantes. Los dominios del Rey llegaban hasta el Ática y Caristo, al sur de Eubea: todo el Egeo y la Grecia central estaban todavía en sus manos.

Al año siguiente, Mardonio envió a Atenas al rey Alejandro de Macedonia, como emisario, para tratar de ganarse a los atenienses, ofreciéndoles el perdón y la autonomía a cambio de un acuerdo. Los espartanos conocieron esta tentadora propuesta y enviaron inmediatamente a sus embajadores a Atenas. Heródoto elabora un relato de tintes épicos para realzar la decisión de los atenienses; la narración concluye con la exposición de sus razones para no traicionar a los griegos:

Y, por otro lado, está el mundo griego, con su identidad étnica y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses y con usos y costumbres similares, cosas que, de traicionarlas, supondrían un baldón para los atenienses.⁶³

Al margen de las razones sentimentales, era obvio que la condición de los atenienses para no medizar tenía que ser el compromiso lacedemonio para la defensa del Ática; y en esa exigencia Atenas tenía la anuencia de Mégara y de Platea. Mardonio todavía se presentó personalmente en junio en Atenas para presionar a la ciudadanía; entonces los atenienses reclamaron a los espartanos una pronta y clara resolución. El resultado fue el envío a Beocia de cinco mil hoplitas espartiatas, otros tantos periecos, y la dudosa cifra de treinta y cinco mil hilotas; los atenienses desplazaron a ocho mil hoplitas hacia el norte. El comandante en jefe de los griegos fue el regente Pausanias, a quien se atribuye el mérito de la victoria. Por otro lado, la flota ateniense, al mando de Jantipo, se reunió con los barcos del Peloponeso que habían llegado a Delos, bajo el mando del rey

63. Heródoto 8.144.2.

espartano Leotíquidas, para interceptar a la flota persa fondeada en Samos.

La batalla de Platea probablemente sea la mayor victoria de los griegos en esta guerra: los persas, en efecto, nunca regresaron a Grecia. En el ala derecha, la más preciada, lucharon los lacedemonios con los de Tegea; y en el ala izquierda los atenienses con los plateos. En el centro, los hoplitas de las ciudades peloponesias, Istmo, costa norte del golfo de Corinto, e islas del mar Jonio (Cefalonia, Leucade). En total más de cien mil griegos, si contamos también la infantería ligera. Los persas tenían la ventaja de la caballería y la dificultad de la comunicación con sus fuentes de aprovisionamiento. La victoria se debió a que los griegos no se prestaron a luchar en una llanura que facilitara las operaciones de la caballería; simularon una retirada y, cuando los persas les estaban persiguiendo, decidieron darse la vuelta y luchar. El número de caídos griegos que Heródoto cita es de mil trescientos sesenta; pero la masacre en el campamento medo fue enorme, así como la captura de botín persa por los griegos. Sea leyenda o verdad, Leotíquidas tuvo noticia de esta victoria y, animado por la creciente moral en la flota, obtuvo sincrónicamente la victoria naval en Mícale junto a la isla de Samos.

Los autores clásicos nos dejan la impresión de que, con las reformas institucionales de Clístenes, se inauguró en Atenas un régimen político nuevo, la democracia. En efecto, en las páginas anteriores se ha puesto de relieve cómo las diversas asambleas celebradas después del 508 iban adoptando decisiones trascendentales en política exterior. La democracia fue, no obstante, en buena medida, fruto de opciones estratégicas y militares que tienen que ver con las guerras médicas. La construcción de la flota —a favor de la cual Temístocles argumentó en la Asamblea—, así como las destrezas alcanzadas por los marinos atenienses, explican la «victoria naval» —por antonomasia, Salamina—. Y,

lógicamente, los que remaban en las trirremes pertenecían a la mitad de la ciudadanía con menos recursos, los thetes:

Pues el pueblo, al convertirse en causa del poderío naval en las guerras médicas, adquirió conciencia de su importancia.⁶⁴

Lo que haría que la clase popular alcanzara cada vez más peso político.

Los sucesos posteriores a la victoria de Platea, en especial la conferencia de Samos, forman parte de la siguiente etapa de la historia, es decir: de los prolegómenos del llamado Imperio ateniense. Antes de cerrar este capítulo es conveniente una breve reflexión sobre el significado del conflicto greco-persa. Por un lado, el relato de Heródoto y el devenir histórico posterior han contribuido, de forma evidente, a cimentar la visión negativa de los asiáticos u orientales, y ha hecho que arraigue la idea de lejanía cultural insalvable entre griegos y persas. Es evidente que el intercambio cultural entre Europa y Asia fue más intenso de lo que suele imaginarse. No hay más que pensar en la cantidad de griegos ilustres que acabaron pidiendo asilo al Rey o a algún sátrapa (Demarato, Temístocles). Eso nos lleva a una segunda idea, la necesidad de considerar las posiciones encontradas frente al Imperio persa, tanto en el contexto de los conflictos entre ciudades vecinas, como en el de la lucha política en el interior de cada polis. A pesar de la propaganda que acompañó los avances de la Liga helénica, no siempre estuvo claro que el objetivo prioritario fuera la libertad.

Finalmente, las aparentes buenas relaciones entre «los griegos», sus promesas de resarcir a los dioses por las ofensas de los persas, y los planes para desquitarse ellos mismos de los amigos de los medos, todo eso se vio frenado por la rivalidad entre las dos *póleis* más poderosas, gestándose un conflicto entre dos potencias que estallaría algo más tarde.

64. Arist. *Pol.* 1274a 13-15.

Capítulo 4

Los avances democráticos de mediados del siglo V y sus impulsores

La evolución de la política imperialista progresaba de forma paralela a como lo hacían las transformaciones del sistema político; es el momento de ocuparnos de las últimas. Si las medidas tomadas por Solón y Clístenes dieron paso a la participación política de los ciudadanos comunes en áreas como la deliberación y la iniciativa judicial, con lo que se aseguraba el control de los gobernantes, con Efiltes y Pericles se produce un avance significativo hacia una participación política activa y general. La creación de los tribunales populares, la posibilidad de acceder a casi todos los cargos mediante sorteo y la remuneración por los servicios políticos representaron los últimos peldaños hacia la completa desaparición de los privilegios políticos de clase. El cambio legal con el que iniciamos esta fase es el que afecta al Areópago. Este antiguo Consejo integrado por exarcontes dejó de tener, desde el 462, el control sobre los magistrados y la *politeía*, un papel que desempeñaba desde el 594.

En las páginas que siguen analizaremos el periodo que la historiografía tradicional considera inicio de la «democracia radical», con lo que se pretende subrayar el predominio total de la Asamblea en el gobierno de Atenas. La interpretación histórica contemporánea ha considerado habitualmente el proceso que arranca de la reforma de Efiltes como un cam-

bio cualitativo del sistema político. El Consejo del Areópago es considerado un baluarte del conservadurismo, y quizás lo fuera en esa fecha. Más difícil es que lo haya podido ser unos años después, cuando se abrió a los zeugitas el acceso al arcontado. En este capítulo estudiaremos la figura política más relevante del siglo V, Pericles. Su identificación con los años de mayor poderío político y de gran desarrollo cultural de Atenas exigen, en cierto modo, evaluar al personaje como figura política concreta y como paradigma de una época y un sistema político.

Efialtes: el año 462 y sus consecuencias

Como se ha visto, la primera fase de la Pentecontecia, hasta el año 462, se caracterizó por el protagonismo militar de Cimón, hijo de Milcíades, gran forjador del imperio marítimo, y por la combinación de una dirección aristocrática en el arcontado y *strategía* con la necesidad de contar con la decisión de la Asamblea popular. Este equilibrio se puso en jaque coincidiendo con el momento en que Cimón, a la vuelta de su éxito en Tasos, convenció a los atenienses de que socorrieran a los espartanos que luchaban contra los rebeldes mesenios en Ítome.

En el año 462 a. C., la Asamblea resolvió enviar un ejército de cuatro mil hoplitas a Mesenia, cifra que llama la atención por elevada. Efialtes, entonces miembro del Areópago, aprovechó la circunstancia para aprobar una ley que trasladaba a las instituciones democráticas, Consejo y Asamblea, las funciones que retenía el Areópago de exarcontes; a saber: la *dokimasía* y las *euthýnai* de los magistrados, y los procesos por *eisangelía* que incluían los delitos mayores, como traición e intento de subvertir el sistema político. Es posible que la ausencia de tantos hoplitas en la Asamblea hiciera más sencillo el triunfo de la propuestas de Efialtes, pero no es seguro que no se hubiera podido producir un resultado parecido con los votos de esos

ciudadanos en Atenas. Según Tucídides, los atenienses llegados a Mesenia inspiraban recelos a los lacedemonios, que los percibían como demasiado innovadores o revolucionarios. Por eso los despacharon sin explicaciones, apremiados por el miedo a que los recién llegados se sintieran más cerca de los hilotas que de los lacedemonios. Fue justamente a la vuelta del ejército cuando Cimón sufrió el ostracismo, lo que hace pensar que lo que los hoplitas de su ejército habían visto y experimentado, así como su voto, influyeron en la caída en desgracia de Cimón, fracasando al mismo tiempo su visión política de hegemonía compartida entre Esparta y Atenas.

Resulta difícil reconstruir no solo los hechos, sino aún más el ambiente del momento. Las fuentes son casi todas tardías, lo que las hace sospechosas de que en ellas haya más de interpretación condicionada que de descripción de acontecimientos. Plutarco denomina a Efialtes «amigo y compañero» de Pericles y habla de él como uno de los hombres que actuaban en nombre del Alcmeónida. Sin embargo, es más probable que fuera a la inversa, que el joven Pericles prestara su apoyo a la iniciativa del hombre maduro que entonces era Efialtes.

Si la *Constitución de los atenienses* dice que Efialtes arrebató al Areópago los poderes «añadidos», podríamos pensar que el autor justificaba las reformas sobre la base de que los poderes de los que gozaba el Areópago no eran legítimos.

[Efialtes] Primero eliminó a muchos de los miembros del Areópago, poniéndoles pleitos sobre su administración; después, siendo arconte Conón, le quitó al Consejo [del Areópago] todas las funciones añadidas (*tà epítheta*) que lo convertían en guardián de la constitución, y unas se las devolvió a los Quinientos, otras al pueblo y a los tribunales (*hoi dikastéria*).¹

1. *Constitución de los atenienses* 25, 2.

Para muchos intérpretes, la expresión *tà epítheta* tendría que ver con la anécdota que cuenta Aristóteles del papel desempeñado por el Areópago en los momentos previos a la batalla de Salamina. El Areópago habría exhortado a evacuar el Ática y entregado 8 dracmas a cada uno de los remeros participantes en la batalla. Tanto la *Política* de Aristóteles como la *Constitución* aristotélica sostienen que esa circunstancia, no una norma regular, sería la causa del prestigio y autoridad políticos de los que gozó la cámara de exarcontes entre el 480 y el 462. Pero el estagirita pone asimismo de relieve una tendencia, contraria a la anterior, que nace como efecto de la victoria de las naves. La transformación de Atenas en un poder marítimo iría dando más seguridad a la «masa náutica» constituida básicamente por los thetes de Atenas. Por tanto, las victorias navales de Atenas, a lo largo de ese periodo, hicieron que fuera cuestión de tiempo que los privilegios aristocráticos dejaran paso a una democracia plena.

Los cambios, no obstante, no debieron de producirse a través del consenso político y en la calma absoluta, sino en un ambiente de conflicto o quizás de *stásis*. Efiltes fue asesinado e Idomeneo de Lámpsaco lanza la sospecha de que, tras este homicidio, estuviera el mismo Pericles, quien, de ese modo, tendría la primacía entre los líderes populares. Esta noticia, a la que no hay que otorgar crédito, tiene el aspecto de ser un rumor procedente de los círculos contrarios al Alcmeónida. Lo cierto es que la mayor parte de las fuentes dicen que el crimen quedó impune, y solo la *Constitución de los atenienses* nombra a un desconocido Aristódico de Tanagra como responsable. Cuatro años después de las reformas, en el 458, cuando Esquilo estrenó la *Orestía*, trilogía cuya tragedia final, *Euménides*, pone en escena al Areópago juzgando al matricida, se percibía aún la alarma. Es importante lo que la Diosa, patrona de la ciudad, dice sobre este «tribunal», al que las leyes de Efiltes habían reducido a audiencia ante la que se juzgaban los delitos de asesinato. Atenea lo considera sagrado e imprescindible (la

salvación de la ciudad) para prevenir la *stásis*, y el coro expresa el deseo de que la ciudad no la sufra nunca:

[ATENEA]: Aconsejo a los ciudadanos que respeten con reverencia lo que no constituya ni anarquía ni despotismo y que no expulsen de la ciudad del todo el temor, pues, ¿qué mortal es justo si no ha temido a nada?... en ello tendréis un baluarte que vendrá a ser la salvación del país y de la ciudad... Establezco este tribunal insoportable, augusto protector del país y siempre en vela por los que duermen...

[CORO]: ¡Que jamás ruja en esta ciudad la Discordia civil (*Stásis*), siempre insaciable de desgracias!, lo suplico. ¡Que no vaya el polvo, llevado de su irritación por haber bebido negra sangre de ciudadanos, a exigir compensaciones que son la ruina de la ciudad!²

Sin duda, hay que interpretar la apertura del arcontado a los zeugitas, que se produjo en el 458, en conexión con la reforma del 462. No es extraño que la nueva medida se atribuya a Pericles. Con la aplicación de esta disposición, quedaría transformada la composición social del Areópago que dejaría de ser, lógicamente, una cámara aristocrática. Por otra parte, la dificultad misma de separar a zeugitas de thetes contribuyó a que, a la larga, también pudiera haber thetes en el arcontado, aunque seguramente los ciudadanos más humildes no estarían tan interesados en ejercer un cargo con tantas obligaciones de representación como el de arconte.

Por último, recordemos que, por estas fechas, los atenienses estarían culminando la construcción de los Largos Muros, momento en que algunos atenienses habrían pedido ayuda a los ejércitos lacedemonios para derrocar al demos y poner fin a las

2. Esquilo, *Euménides* 696ss, 976ss (trad. de B. Perea).

fortificaciones. Si sumamos este hecho al asesinato de Efiltes parece que, contemporáneamente, empezó a haber cierta oposición antidemocrática.

Los jueces populares

A partir de la aplicación de las medidas aprobadas en el 462 se desarrolló en Atenas una justicia popular que pasó a ser una de las características esenciales del sistema democrático. Desconocemos si la organización de la que ahora hablaremos fue fruto de la misma normativa presentada por Efiltes o producto de una labor legislativa introducida poco a poco en los años siguientes. En todo caso, el sistema de jueces populares estaba operativo en la segunda mitad del siglo v.

Cada año eran seleccionados, mediante sorteo, entre candidatos voluntarios, seis mil jueces cuyo único requisito era tener al menos treinta años y ser ateniense. No se les sometía a *dokimasia* previa, ni tenían que dar cuentas del ejercicio de su función; únicamente debían prestar un juramento que los comprometía a respetar las leyes y decretos de los atenienses, a oír con imparcialidad a ambas partes y a emitir su voto en conciencia:

Votaré de acuerdo con las leyes y los decretos de los atenienses y del Consejo de los Quinientos. Y no votaré que haya tirano, ni oligarquía... Y voy a escuchar con igual atención a ambas partes del litigio, al acusador y al acusado, y daré mi voto respecto del propio asunto sobre el que verse el proceso.³

A partir de mediados de la quinta centuria recibían un sueldo de tres óbolos por cada día que ejercían su función, una peque-

3. Demóstenes 24 (*Contra Timócrates*).149-151 (trad. de A. López Eire).

ña cantidad de dinero que permitía alimentar a una familia durante un día y, por tanto, abandonar las obligaciones laborales de esa jornada. Se trata del primer *misthós* (salario) por un servicio político, lo que hacía posible la participación política de una inmensa mayoría que necesitaba trabajar para vivir. Una de las críticas más habituales a esta práctica, hecha desde las líneas de los enemigos de la democracia, es que acostumbraba a los pobres a no trabajar. Sin embargo, al menos en el siglo v, los sueldos políticos estaban en torno a la mitad de lo que un trabajador manual podía recibir en cualquier otro trabajo, por lo que hay que entenderlo como mera compensación a cambio de dedicar un tiempo a la polis.

Se atribuye a Pericles la introducción del sueldo de los jueces en el 451 a. C.,⁴ una práctica que se extendió paulatinamente a consejeros, arcontes y demás magistrados, salvo la jefatura militar más elevada, estrategos e hiparcos. Retribuir los servicios públicos era una innovación enorme y fue objeto de las más enconadas críticas de los opositores y disidentes, quienes lo veían como una manera de que la ciudad alimentara la vagancia, o directamente acusaban al demos de sostener la democracia solo porque los beneficiaba a nivel económico. Como hemos dicho, la cantidad recibida por los jueces solo compensaba la jornada de trabajo perdida; por tanto, hay que considerar otra lectura del fenómeno: que una pequeña remuneración económica hacía factible el acceso de la mayor parte de los ciudadanos a todas, o casi todas, las funciones públicas. Aquellas que eran consideradas muy técnicas y no sujetas a sorteo no recibían un sueldo, por lo que eran ocupadas con regularidad por individuos de la elite social.

Los tribunales populares dieron pie a un tipo de justicia que ha sido denominada justicia retórica por la importancia que,

4. *Constitución de los atenienses* 27.3 dice que, con los sueldos políticos, Pericles pretendía derrotar la generosidad privada de Cimón. Cf. asimismo Plutarco, *Pericles* 9.1-3. Sin embargo, Cimón estuvo en el exilio desde el 461 al 452. Murió en Salamina de Chipre en el 451.

ante jueces mudos y numerosos, tenían los discursos pronunciados por las dos partes. El tipo de justicia en Atenas era lo que corresponde a un sistema penal «contradictorio» o acusatorio (*adversarial justice*). Ya desde Solón un ciudadano privado (*ho boulómenos*: cualquiera) podía iniciar una demanda contra un presunto delincuente público (*graphé*); y, alternativamente, existía el procedimiento privado (*díke*) para la víctima o su familiar. No había en Atenas algo parecido al ministerio fiscal, por lo que la responsabilidad de que se hiciera justicia recaía en los ciudadanos privados. Las demandas eran revisadas en una especie de primera instancia por alguno de los arcontes. Si se trataba de asuntos relativos al estatus de ciudadanía era competente el arconte epónimo; si se trataba de delitos políticos (traición, soborno, impiedad), los tesmotetes; si era un delito de sangre, la demanda se dirigía al basileo; y los metecos tenían que presentarse ante el polemenco. Tras una primera vista en que las partes aducían pruebas y argumentos, el instructor solía trasladar el asunto a un tribunal. En esta última fase el número de jueces dependía de la gravedad del asunto. En alguna ocasión fueron reunidos los seis mil jueces, pero lo más habitual para delitos públicos eran tribunales de 501 y, para delitos privados, 201.

De cara al proceso público los litigantes preparaban, con ayuda habitualmente de un logógrafo, un discurso en el que tenían que combinarse los argumentos retóricos con los documentales. Los documentos eran tanto las leyes, que cada particular debía buscar, como cualquier otra prueba (declaraciones testificales, contratos, testamentos, juramentos, etcétera) que pudiera tener valor para apoyar, según los casos, la acusación o la defensa. Tras oír los dos alegatos, y sin formular preguntas, los jueces votaban en secreto depositando un *pséphos* en una de las dos urnas al uso. La condena o la absolución se producía por mayoría simple, y en algunos procedimientos existía otro turno de intervenciones para fijar la pena, que también votaba el tribunal.



Conjunto de *pséphoi* ca. 300 a.C. que en la actualidad se encuentran en el Museo del Ágora de Atenas

Todo el procedimiento judicial parece pensado más para evitar los sobornos de los jueces que para conocer la verdad y determinar responsabilidades. En primer lugar, por la existencia de un número elevado de jueces no profesionales; en segundo lugar, por el hecho de que los jueces fueran sorteados inmediatamente antes de la vista. En el siglo IV se conoce el uso de una máquina de sorteo, el *klerotérion*, que aseguraba la aleatoriedad de la composición del tribunal. La comedia del siglo V abunda en la idea de espectáculo en relación con la justicia de Atenas, una curiosidad para los «turistas» y una actividad satisfactoria para los ciudadanos, caracterizados de «amantes de los juicios». Participar en los tribunales encerraba para los ciudadanos de más edad un interés que subraya especialmente el mencionado género. En las *Avispas*, Aristófanes enfrenta a un padre anciano y a un hijo joven por sus opuestas posiciones ante la justicia popular; Filocleón se siente poderoso porque cada mañana puede sentarse en la Heliea y sentenciar, y cree que en su mano está la mayor autoridad del estado, mientras Bdelicleón intenta convencer a su padre de que los beneficiarios del poderío de Atenas no son los míseros jueces sino otros que ocupan cargos más elevados:

¿No es una gran esclavitud que [señalando a los magistrados en la fila primera del teatro] todos esos ocupen

cargos públicos y sus aduladores reciban salario? Tú, en cambio, te conformas con que se te den esos tres óbolos, que te ganaste con muchas penalidades, remando en las naves, combatiendo por tierra, asediando ciudades.⁵

Por otro lado, un sistema que depositaba la responsabilidad de la acusación en manos privadas dio pie a la aparición de acusadores «profesionales», los odiados sicofantas⁶. Aunque esta figura nació de la idea soloniana del *ho boulómenos*, y parece necesaria para que funcione la justicia, el sicofanta devino en el elemento más despreciado de la democracia, por cuanto muchos delatores ruines se enriquecían con los sobornos cobrados a los ricos que pagaban para evitar tener que presentarse ante un tribunal popular, en el que tendrían que ventilar su privacidad y del que dependería una sentencia imprevisible.

Pericles

Pericles aparece relacionado con algunas de las medidas más innovadoras de mediados del siglo v. Fue un joven político en el grupo de Efaltes y, tras la desaparición de este, iría poco a poco convirtiéndose en el orador más influyente en la ciudad. Se le atribuye la reforma del arcontado, con probabilidad, y la introducción del *misthós*, con seguridad. Además, redactó una ley de ciudadanía que, aprobada en el año 451, pasó a convertirse en inseparable de la *politeía* democrática. Desde esa fecha, para ser ciudadano era necesario haber nacido de padre y madre ciudadanos:

5. Aristofanes, *Avispas* 680ss (trad. de Luis Gil). Tres óbolos es la cantidad que cobraba cada juez por un día de función. A diferencia de otros sueldos públicos, el de los jueces nunca subió.

6. Etimológicamente, sicofanta significa «el que muestra los higos» (tal vez de venta ilegal), es decir, «delator». Acaba siendo un término que señala a los parásitos de la democracia.

Dos años después, en el arcontado de Antídoto [451-50 a. C.], a causa del gran número de ciudadanos, decidieron, a propuesta de Pericles, que no disfrutase de la ciudadanía quien no fuera hijo de padre y madre ciudadanos.

La organización actual [década de los 320 a. C.] de la *politeía* es la siguiente: participan de la *politeía* los que son hijos de padre y madre ciudadanos y se les inscribe en la lista de miembros de un *demo* a los dieciocho años de edad.⁷

Las razones por las que Pericles redactó esta moción y los atenienses la aprobaron dan pie a hipótesis diversas. El aristotélico autor de la *Constitución de los atenienses* habla de exceso de ciudadanos, y parece que efectivamente, en el periodo inicial de la Pentecontecia, se produjo un crecimiento del número de los ciudadanos no explicable por meras razones vegetativas. Las cifras que pueden ser calculadas gracias a las noticias sobre efectivos militares nos llevan a unos treinta mil ciudadanos⁸ en la época de las guerras médicas (479) y unos cincuenta y cinco mil o sesenta mil justo antes del inicio de la guerra del Peloponeso (431). Así que parece evidente que los muchos matrimonios entre ciudadanos y metecos tendrían el resultado de un incremento inesperado de la población de ciudadanos. Asimismo, se sospecha de la naturalización irregular de muchos extranjeros. Sin embargo, la fecha en la que se introdujo la me-

7. [Aristóteles] *Constitución de los atenienses* 26.4 y 42.1.

8. Ciudadano: varón mayor de veinte años. Además de los ciudadanos y metecos, en Atenas había un número elevado de esclavos, quizás tantos como libres. Los ciudadanos y metecos más ricos, eran propietarios de numerosos esclavos, los campesinos acomodados o los artesanos y comerciantes de cierto nivel podían tener algún esclavo, pero la mitad de los ciudadanos y la mayoría de los metecos, los más pobres, seguramente no podrían permitirse adquirir esclavos ni mantenerlos. Desconocemos la cifra total de esclavos, pues las fuentes no dan referencias creíbles ni susceptibles de extrapolaciones.

dida coincide con el fracaso militar en Egipto, una aventura de cuatro años (459-454) que originó una elevada cifra de bajas entre los ciudadanos, y este hecho puede hacer pensar en que la moción haya estado motivada por la voluntad de elevar el orgullo y los sentimientos identitarios de los atenienses. En todo caso, y esto es lo más reseñable, una vez aprobada la ley, su aplicación dio pie a la psicosis persecutoria hacia los eventuales falsos ciudadanos, un rasgo nada amable en un sistema político en el que la igualdad de los nativos constituía el mayor valor. Tal vez por eso el mito de la autoctonía, según el cual todos los atenienses descenderían de los primeros reyes «nacidos de la tierra ática», tuvo gran éxito entre los ciudadanos que, por esa razón, se consideraban superiores a los extranjeros, y los más puros de todos los helenos.

Hay que añadir, no obstante, que si la medida era excluyente con los no nativos, no establecía ninguna limitación económica o social para los nacidos atenienses. Y en ese aspecto respondía a las expectativas de la triunfante democracia.

Ya en la Antigüedad Pericles era considerado uno de los líderes atenienses más notable de todos los tiempos. Siempre se lo vinculó con la época más brillante de Atenas, la fase de *akmé* del imperio. Tucídides le dedicó una especie de apología (o necrológica) en su *Historia de la guerra del Peloponeso* en la que destaca su capacidad de persuasión, basada en el prestigio personal, el dominio racional, el patriotismo insobornable y unas grandes dotes retóricas. El gran historiador ateniense se refería, sobre todo, a cómo el líder político había previsto la guerra y planeado la estrategia militar que la ciudad debería haber seguido para vencer; Plutarco escribió una biografía en la que pergeñaba otros aspectos de la vida del gran hombre. Según el de Queronea, Pericles fue un político de gran nivel, un hombre de su tiempo, que buscó rodearse de artistas e intelectuales innovadores.

La vida de Pericles (495-430 a.C.) abarca la época más brillante de Atenas, la comprendida entre las grandes victorias

griegas contra el Imperio persa y el inicio de la larga contienda que enfrentó a los griegos en dos bandos en torno a los atenienses y los lacedemonios. Era miembro, por parte de su madre, Agarista, de la familia de los Alcmeónidas. Agarista contrajo matrimonio con Jantipo, un hombre con seguridad de extracción elevada y quizás perteneciente a la familia de los Bouziges. El autor de la aristotélica *Constitución de los atenienses* lo clasificó entre los líderes del demos, en contraposición a los llamados dirigentes de los nobles, entre los que estaban los dos miembros de la familia de los Filaidas: Milcíades, el héroe de Maratón, y su hijo Cimón, rival del joven Pericles y general en los primeros años de la Liga de Delos. Es poco lo que los autores contemporáneos nos han transmitido sobre los primeros años de Pericles. Heródoto⁹ cuenta que su madre, estando a punto de dar a luz, soñó que paría un león y a los pocos días nació un varón al que sus padres pusieron el nombre de Pericles. Esta anécdota, claramente apócrifa, revela no obstante el destino del personaje.

Pericles era, pues, hijo de una sobrina del gran legislador demócrata de finales del siglo VI, Clístenes. Cuando llegó a la edad madura, los treinta años que permitían a cualquier ciudadano revestir los cargos más importantes, la ciudad llevaba aproximadamente cuarenta años bajo un sistema democrático.

En los albores de la guerra del Peloponeso, cuando Pericles ocupaba un puesto destacado entre los políticos de Atenas, poco antes de que Esparta declarara la guerra a esta ciudad, una embajada lacedemonia transmitió a la Asamblea el ultimátum de que no habría guerra si los atenienses expulsaban «lo sacrílego».¹⁰ Esta noticia la conocemos por Tucídides,¹¹ quien comenta que, por un lado, los peloponesios esperarían que, si los atenienses decidían expulsar a Pericles, no habría guerra;

9. Heródoto 6.131.2.

10. Cf. capítulo 1: El Alcmeónida Megacles fue el responsable de haber eliminado al prototirano Cylón.

11. Tucídides 1.127.

y, por otro lado, como tampoco confiaban en que esto se produjera, hacían lo posible para que los atenienses llegaran a ver la guerra como el castigo que pagaban por el antiguo pecado de su líder. Tal vez convenga adelantar que los lacedemonios tuvieron poco éxito. En este caso, los atenienses no se dejaron amedrentar e hicieron caso al Alcmeónida. Además, durante toda la primera fase de la guerra, los que realmente tenían conciencia de haber trasgredido los acuerdos y esperaban el castigo de los dioses por haberla iniciado, eran los espartanos.

Según la *Vida de Pericles* escrita por Plutarco (siglos I-I d. C.), Pericles tuvo de maestros a Damón de Ea, Zenón de Elea y Anaxágoras de Clazomene.¹² Plutarco no necesita mencionar lo que es obvio, la educación física y la formación poética que también habría tenido Pericles, y considera que debe fijar la atención en estos tres personajes que intervinieron en la instrucción filosófica de Pericles cuando era un joven e, incluso, ya un hombre adulto. Con esta estrategia lo que el biógrafo transmite es la idea de que en el Alcmeónida primaba la formación intelectual sobre la tradicional instrucción física. De los tres citados, quien más tempranamente está documentado en Atenas —ya en la década de los 470— es Anaxágoras y, por ello, también es quien influyó más y más pronto en el joven Pericles, entonces en la veintena. Anaxágoras, oriundo de la ciudad jonia de Clazomene, era un físico y no un sofista, es decir, un filósofo de la naturaleza y no un teórico de la ética o de la política. Como dice Plutarco, fue el primero que planteó la existencia de un Intelecto (*Noús*) que habría originado el mundo. Sócrates, en el *Fedro* de Platón, manifiesta su respeto por esta teoría que supondría que el universo respondía a cierta racionalidad frente al aparente azar de las cosas. Como a Pericles se le atribuían impasibilidad, elevación, dignidad y cierta distancia o inaccesibilidad, los poetas cómicos y sus críticos (como el poeta Ión de Quíos) atribuían estos rasgos de

12. Plutarco, *Pericles* 4-6.

carácter a la influencia de la filosofía anaxagórica, y censuraban en él cierta arrogancia. También se imputaba a la influencia de Anaxágoras la impasibilidad ante las presiones externas o las desgracias sobrevenidas, así como la solemnidad de su actitud general, pues Plutarco comenta que Pericles era de una extraordinaria elegancia en su porte y gestos, y nunca caía en la vulgaridad en el uso de la palabra. Este biógrafo, que insiste mucho en el influjo del físico jonio sobre Pericles, añade que, gracias a sus enseñanzas, el político se libró de las supersticiones habituales ante los «fenómenos celestes». Dada la fecha de su nacimiento, no parece que Pericles hubiera podido ser discípulo, en su juventud, de los denominados sofistas, si bien es conocida su relación con Protágoras. Con todo, su pensamiento estaba más cerca de la nueva «Ilustración» que de las supersticiones antiguas.¹³

De Damón decía Plutarco que era más un *sofista* que un músico, y con ello quería poner de relieve que su papel era innovador e intelectual. El poeta cómico Platón identificó a Damón con Quirón, el centauro maestro de Aquiles, subrayando así su función como preceptor de Pericles. Lo cierto es que la palabra *sofista*, antes de adquirir el sentido preciso que sirve para identificar a pensadores ético-políticos y maestros de retórica de los siglos V y IV, significaba simplemente filósofo o sabio. Al parecer Damón no era solo un músico, sino un teórico de la música, cuyas especulaciones, al decir del filósofo Platón, tenían implicaciones éticas y políticas. Solo esta razón explicaría que hubiera sufrido ostracismo¹⁴ tras haber aconsejado a Pericles la introducción del sueldo a los jueces (*misthós*), una medida que el autor aristotélico atribuye a los años de rivalidad con Cimón. Un par de *óstraka* encontrados con su nombre, y perteneciente a los años 450, corroborarían esta noticia.

13. La democracia así como las enseñanzas de los sofistas supusieron en muchos aspectos una apreciación crítica de supuestos religiosos antes no discutidos.

14. cf. *Constitución de los atenienses* 27.4, nombrando a Damónides.

Finalmente, Zenón de Elea, el discípulo de Parménides, era un gran dialéctico y esta habilidad es la que habría iniciado al político ateniense. Plutarco relata que en una ocasión el rey laacedemonio Arquídamo había preguntado al rival de Pericles, Tucídides de Melesias,¹⁵ quién de los dos era mejor luchador. La respuesta del yerno de Cimón fue «cuando yo lo derribo en el combate, aquel, negando haber caído, vence y convence a los espectadores».¹⁶ Esta anécdota, que recuerda la discusión que Aristófanes introduce en las *Nubes* entre el Argumento Justo y el Injusto, refuerza la imagen de un Pericles educado más en los métodos propios de los sofistas, especialmente en el arte de la palabra, que en las viejas disciplinas que trataban de fortalecer la constitución física y la resistencia necesarias para la vida militar.

La amistad con Anaxágoras duró toda la vida, hasta la década del 430, cuando se produjo la acusación contra el filósofo por impiedad y Pericles lo ayudó a salir de Atenas. Anaxágoras aparece como uno de los integrantes de lo que ha dado en llamarse «círculo de Pericles», del que ahora vamos a tratar.

Plutarco, ante la disparidad de las noticias que se vio obligado a ordenar y a las que quiso dar coherencia, llegó a la conclusión de que la vida de Pericles se podía dividir en dos fases.¹⁷ La primera sería aquella en la que el Alcmeónida tuvo rivales políticos a su altura, tanto el filaida Cimón como el yerno de este, Tucídides, hijo de Melesias. La segunda empezaría tras el ostracismo del último en el 443 a. C., cuando no quedaban adversarios de nivel y Pericles se convirtió en el «primer ciudadano». Por otra parte, esa división temporal se correspondería con actitudes opuestas en relación con la familia y los amigos. A mediados del siglo V, Atenas atraía a numerosos artistas y pensadores procedentes de otras ciudades —especialmente las aliadas de la Liga de Delos—, con algunos de los cuales Pericles

15. No se trata del historiador, sino del yerno de Cimón y rival de Pericles.

16. Plutarco, *Pericles* 8.

17. Plutarco, *Pericles* 15.3.

tuvo cierta relación, a menudo circunstancial, como es el caso de Hipódamo de Mileto, Heródoto de Halicarnaso, Protágoras de Abdera; y otras, continuada, como ocurre con la única mujer que se menciona en ese contexto, Aspasia de Mileto.

Tal vez esta manera de interpretar la vida de Pericles tiene que ver con lo que se percibía como una novedad en el comportamiento de un político. Mientras que estar rodeado de amigos (*phíloi*) y parientes que eran, además, aliados constituía una forma tradicional de estar en política, Pericles habría optado por no ser amigo más que del demos y huir de otro tipo de lealtades. Eso hace que Plutarco insista en su desapego respecto a su propio *oikos*, concepto griego que incluye a la familia próxima y los bienes. Se dice que encargó a un esclavo de confianza la explotación de sus tierras, que vendía toda la producción de una vez sin preocuparse por obtener la mejor rentabilidad, y que era austero con sus gastos y estricto con los de sus hijos, lo que desembocó en tensiones con el mayor de ellos, Jantipo. Pericles dejó incluso de asistir a los simposios o banquetes, las habituales reuniones vespertinas de los hombres de la elite, donde se hablaba de las cuestiones candentes de la ciudad. Esto daría pie a que sus adversarios lo censuraran por rodearse de amigos extranjeros y, aunque no es seguro que existiera ese famoso «círculo de Pericles» compuesto por eminencias de toda la Hélade, lo cierto es que Pericles mantuvo vínculos especiales con algunos de estos sabios griegos. La no existencia práctica de ese cenáculo panhelénico no impidió que las eventuales relaciones de Pericles con extranjeros fueran presentadas por sus críticos como un desafío al modo de vida ateniense. El temor popular a las novedades que amenazaban quebrar la seguridad, basada en las creencias religiosas y en las costumbres sociales, sirvió de palanca para cercar al líder y, finalmente, llevar a juicio a Fidias (que era ateniense), Anaxágoras y Aspasia en la década de los 430, todos ellos amigos de Pericles.

Aspasia se convirtió en la compañera amada de Pericles (24.8), una esposa elegida en su madurez. Parece que Aspasia,

hija de Axíoco, llegó a Atenas en torno al 450 cuando tendría unos veinticinco años y Pericles estaría en los cuarenta y cinco. Pericles había contraído matrimonio anteriormente con una mujer de su propia familia, Deinómaca, nieta de Clístenes, mientras que él era nieto de un hermano de Clístenes. La endogamia era una costumbre arraigada entre la aristocracia ateniense con la finalidad de preservar los bienes dentro de la familia. Para Deinómaca este era el segundo enlace, de modo que su primer matrimonio con Hipónico se desharía para posibilitar la unión entre los primos. Es posible que, por esa razón, la diferencia de edad entre ambos no fuera tan marcada como a veces sucedía. De esta unión nacieron los dos hijos varones mayores de Pericles, Jantipo y Páralo, los cuales formaron parte de la juventud dorada de la década de los 430 —y como tales aparecen en el *Protágoras* de Platón—. Murieron al principio de la guerra a causa de la peste.

El matrimonio en Atenas estaba destinado, en primer lugar, a procrear ciudadanos. El honor mayor al que una mujer podía aspirar era el de parir ciudadanos, fenómeno que se acentúa tras la introducción de la ley de ciudadanía (451 a. C.) que exige que para mantener el estatus de ciudadano (*astós, polítes*) sea preciso que también la madre sea «ciudadana» (*asté, politís*). Los matrimonios eran un acuerdo entre las familias (*engýe*), en el que se pactaba, entre otras cosas, la dote de la novia que nunca podía incluir bienes inmuebles. La novia era entregada al marido y a su *oikos* a una edad temprana, apenas pasada la pubertad, mientras el varón solía estar en torno a la treintena. De este modo, se buscaba preservar la virginidad de las mujeres y asegurar la legitimidad de la descendencia. Esta práctica implicaba, como es lógico, que la tutela de la mujer estaba encomendada siempre a un varón: el padre, el marido o el hermano. Pero, además, las uniones matrimoniales servían, en segundo lugar, para reforzar alianzas: Deinómaca pasó de ser la esposa de Hipónico a ser la de Pericles y, al final, la de Clinias; y, como tal, madre de Alcibíades. De modo que, a la

muerte de Clinias en el 446 a. C., Pericles se convirtió en el tutor de Alcibíades.

Si el matrimonio habitualmente era un acuerdo de conveniencia no parece que lo hubiera sido la unión entre Pericles y Aspasia. Es posible que Aspasia estuviera relacionada familiarmente con Alcibíades el Viejo, ostraquizado en el 460, que habría contraído matrimonio en Mileto con una hija de Axíoco. En ese caso, Aspasia no sería lejana a la familia Alcmeónida.

Plutarco,¹⁸ tomando, como si de un dato histórico se tratara, la escena cómica del poeta Hermipo, sostenía que Aspasia regentaba un negocio de prostitución y facilitaba mujeres a Pericles. Este mismo supuesto que, con seguridad, refleja el rechazo popular a que una mujer se dedicara a asuntos propios de hombres, lo toma Aristófanes en la alocución (*parábasis*) que realiza el protagonista de la comedia *Acarnienses* dirigiéndose al público.¹⁹ Arenga Diceópolis al demos diciendo que unos jóvenes atenienses habían robado unas putas megareas y, en venganza, los megareos se llevaron «dos putas de Aspasia. Y de ahí se desencadenó sobre todos los griegos el principio de la guerra». Las palabras de Diceópolis hay que entenderlas en un contexto hilarante y absurdo; para sostener que no eran los lacedemonios los responsables de la guerra, sino aquellos «medio extranjeros» que tanta influencia tenían en la ciudad; y que ellos habían denunciado cualquier producto que llegara de Mégara. Mégara, que era una ciudad colindante con Atenas, tenía prohibido, antes de la guerra, vender en el ágora ateniense y en el Pireo; y era este uno de los motivos que enumera Tucídides de la enemistad entre Atenas y el Peloponeso. Evidentemente, Diceópolis no podía sostener la no responsabilidad bélica de los lacedemonios, sin añadir de inmediato que él odiaba como el que más a los espartanos (que estaban invadiendo regularmente los campos atenienses), pero la alu-

18. Plutarco, *Pericles* 32.

19. Aristófanes, *Acarnienses* vv. 500ss.

sión a los medio extranjeros se hace eco del rechazo hacia los amigos y supuestos consejeros del gran Pericles. Y atenuar la responsabilidad espartana era, también, acentuar la de quien había aconsejado resistir, ya que Pericles aparece en la narración de Tucídides como el orador que en repetidas ocasiones había exhortado a los atenienses a no hacer ninguna concesión o renuncia frente a las exigencias de los enemigos.

En suma, Aspasia no se dedicaba a la prostitución, ni era una hetera, sino que Pericles intimaría con ella, como dice Plutarco²⁰, debido a su sabiduría política. También comenta que algunos varones a veces le llevaban a sus mujeres y añade «aunque no dirigía un negocio digno y honrado». Es evidente que Plutarco maneja noticias contradictorias y no sabe a qué carta quedarse. Pero parece obvio que no tiene en cuenta la vis irónica de los poetas cómicos, y pone estas expresiones al mismo nivel que las noticias más serias, como la que procede del Esquines socrático, un seguidor del filósofo ateniense que sostenía que Aspasia había convertido en brillante orador a Lisicles, un simple tratante de ganado, con quien convivió ella tras la muerte de Pericles. Esta indicación de Esquines coincide con lo que Platón pone en boca de Sócrates al inicio del *Menéxeno*, un diálogo dedicado a ridiculizar la práctica democrática de la oración fúnebre y donde Aspasia aparece como «experta en retórica». En este diálogo, Aspasia sería no solo la redactora del discurso que ahí se incluye, el cual está lleno de exageraciones y falsedades, sino que asimismo «compuso la oración fúnebre que pronunció Pericles».²¹

Las mujeres de Atenas, a pesar de la progresiva adopción de medidas democratizadoras a lo largo del siglo v nunca fueron consideradas ciudadanas en el sentido activo del término. Incluso el vocablo «ciudadana» (*politís*) tiene un valor figurado. Designa a las hijas legítimas de un matrimonio entre dos

20. Plutarco, *Pericles* 24.5.

21. Platón, *Menéxeno* 237b.

atenienses, las únicas que podían, a su vez, tener hijos ciudadanos. De las mujeres se esperaba una vida discreta y recatada; y el retrato más común las coloca en el gineceo, la parte de la casa reservada a ellas, a resguardo de los hombres de fuera del *oikos*. No obstante, este ideal solo podían cumplirlo las mujeres pertenecientes a la elite, aquellas que tenían esclavas de servicio doméstico y no necesitaban ayudar al mantenimiento de la familia. La mayor parte de las féminas atenienses seguramente no cumplían con esa exigencia. Sabemos de tareas femeninas muy comunes, como la venta al por menor en el ágora, la ayuda en el embarazo y parto de las amigas y vecinas, y el servicio como nodrizas. Cuando, por necesidades diversas (viudedad, ausencia de los maridos por razones bélicas, etcétera), tenían que buscarse el sustento, su socialización era más profunda que la de la minoría aristocrática. Aristóteles sostiene en la *Política* que las mujeres pobres tienen que trabajar. Por eso mismo también participarían en las conversaciones de la calle y en la vida del ágora, y contribuirían a la formación de lo que podemos denominar opinión pública. La comedia las presenta como conocedoras de los asuntos de la ciudad, si bien es más frecuente que se diga de ellas que entienden de administrar los recursos económicos (del *oikos*) más que los asuntos políticos (de la *polis*). Cuando, a principios del siglo iv a. C., Aristófanes (*Asambleístas*) imagina un mundo al revés en el que la toma de decisiones asamblearias la hacen mujeres disfrazadas de varones, puede que esté haciéndose eco de ideas nuevas que hubieran supuesto, de aplicarse, cambios radicales en la mentalidad conservadora de la democracia ateniense. No hay que olvidar que Platón en la *República* llega a decir que las mujeres podrían ser también filósofas-reinas, ya que en nada, salvo la fuerza física, se diferencian de los hombres.

Si se atisba un ligero cambio en la imagen de la mujer como efecto de la democracia, lo mismo ocurre en relación con los extranjeros. Los que solían vivir en Atenas adquirirían el estatus de meteco, extranjero residente. Pero no existían vías regulares

para que un meteco pudiera adquirir la ciudadanía. Atenas fue siempre una ciudad abierta en el sentido de que los atenienses sabían lo importante que era para la ciudad la presencia de los extranjeros en todas las áreas económicas. Algo semejante no era frecuente en otras ciudades con una economía exclusivamente rural, pero Atenas poseía el puerto más importante del Egeo y un comercio activo gracias a su dominio militar sobre el Egeo. Quizá el Pireo era el foco más importante de concentración de extranjeros ricos, banqueros, comerciantes y fabricantes, aunque hay muchos otros metecos ocupados en trabajos de todo tipo, incluida la agricultura. Entre los «amigos» de Pericles se menciona a un siciliano, Céfalo de Siracusa, padre del orador Lisias, que habría sido invitado por el político a instalarse en Atenas. Sus hijos vivían en la ciudad al final de la guerra del Peloponeso, regentando el negocio familiar de fabricación de armas. El diálogo platónico la *República* transcurre en casa de Céfalo, lo que da idea del grado de intimidad social que podía existir entre ciudadanos y extranjeros. Pero, a pesar de eso, los metecos difícilmente devenían ciudadanos; el mismo Lisias, hijo de Céfalo, a pesar de la ayuda prestada al demos ateniense en la guerra civil que enfrentó a oligarcas y demócratas tras la guerra del Peloponeso, nunca obtuvo la tan anhelada ciudadanía. En suma, los ciudadanos se veían a sí mismos como un grupo exclusivo y no admitían a quien viniera de fuera con facilidad.

Y esta concepción se convirtió en parte esencial de la imagen que el ciudadano tenía de sí mismo cuando la legislación sobre el estatus de ciudadanía se puso en relación con el mito de la autoctonía. Si la ley de ciudadanía de Pericles (451 a. C.) exigía ser hijo de padre y madre ciudadanos para adquirir el estatus cívico a los dieciocho años, el mito de autoctonía predicaba que todos los atenienses eran igualmente descendientes (*isogonía*) del primer ateniense nacido de la tierra. Junto al arraigo que tuvo la ideología de la autoctonía, la ley de ciudadanía originó en muchas ocasiones una neurosis perse-

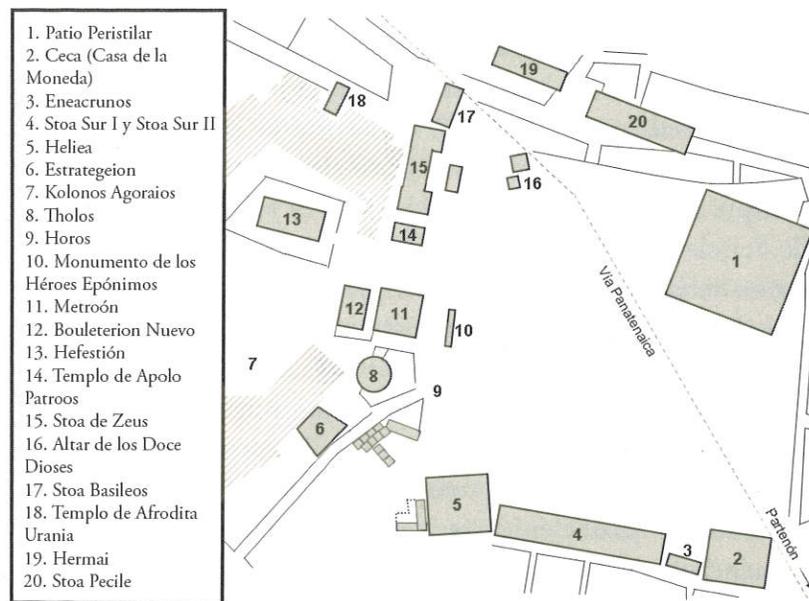
cutoria contra los falsos ciudadanos. Y eso, unido al temor a que los de fuera trajeran ideas y modos de vida que rompieran con las tradiciones de la ciudad, los hacía sospechosos sobre todo cuando pertenecían a la elite de los filósofos, sabios o pensadores.

Aspasia, mujer, extranjera e intelectual, se convertiría por todo ello en diana de los ataques al líder Alcmeónida. Pericles tuvo un hijo con ella, el que lleva su nombre, que fue varias veces general, uno de los ocho estrategos en la batalla de Arginusas (406 a. C.) y uno de los seis generales condenados a muerte por la Asamblea y ejecutado en Atenas a causa de la controversia sobre el rescate de los naufragos. Conviene recordar ahora dos asuntos relativos a la relación sentimental de Pericles y Aspasia. Lo primero es que, debido a la ley propuesta por el mismo Pericles, el hijo de ambos no era ciudadano, y Pericles, tras la muerte de sus dos hijos mayores, tuvo que rogar a la Asamblea que le fuera otorgada la ciudadanía. El segundo asunto es el de la acusación por impiedad que sufrió Aspasia, lo que la aproxima al filósofo Anaxágoras, que fue objeto de una denuncia similar. Dado que conocemos bien el pensamiento de Anaxágoras, y podemos imaginar que su doctrina del Intelecto (*Noús*) como motor primero chocaría con las creencias religiosas tradicionales, no queda más remedio que suponer que la mujer de Pericles y el amigo y maestro de Pericles sufrieron persecución judicial por sus ideas. Aspasia no sería, pues, acusada de impiedad por haber ejercido la prostitución, algo que ni siquiera era ilegal en Atenas y menos para una extranjera.

Y, en relación con el influjo que las nuevas corrientes de pensamiento tuvieron en el político Alcmeónida, merece la pena tener presente que, cuando en el 443 Pericles patrocinó la fundación panhelénica de la colonia de Turios en Italia, encomendó la constitución a Protágoras de Abdera y el plano a Hipódamo de Mileto. Y uno de los primeros ciudadanos no sería otro que el historiador Heródoto de Halicarnaso.

Las construcciones del siglo v

Sin duda los años 460-450 trajeron un decisivo cambio cualitativo de las instituciones y ello se reflejó también en la arquitectura cívica de Atenas. En primer lugar, hay que mencionar la habilitación de la colina rocosa de la Pnyx como asamblea, tal vez tras las medidas de Efiltes. El lugar que los arqueólogos han denominado Pnyx I es un espacio de unos dos mil cuatrocientos metros cuadrados con capacidad para seis mil ciudadanos. En esos momentos no se construyeron muros de contención, ni gradas. En la zona inferior había una tribuna desde la que hablaban los oradores. Como en torno al 500 se había ampliado y delimitado el ágora, parece que las asambleas se realizarían allí entre el tiempo de Clístenes y el de Efiltes. Las obras del Bouleuterion antiguo y del Tholos (donde se reunía la pritanía en ejercicio) también son posteriores al 460; después del 462



Plano del ágora ateniense.



Caballería del friso del Partenón. En la actualidad se encuentra en el Museo Británico.

empezaría a funcionar el sistema de turno de las pritanías en la *Boulé* de los Quinientos.

Son las obras de la Acrópolis, y especialmente el Partenón, lo que imprimió una imagen definitiva a Atenas. Se iniciaron en el 447, por lo que suponemos que, tras la destrucción por los persas en los años 480 y 479, no se habían reconstruido los edificios. Pericles, cuenta Plutarco, convocó un congreso panhelénico en Atenas para hablar de la reconstrucción de los templos destruidos por el Medo. Lógicamente, los aliados de Esparta no acudieron a semejante reunión con la que Atenas pretendía erigirse en hegemón de todos los helenos. Pero ese movimiento significó el inicio de la reconstrucción de la Acrópolis. Sobre los restos del Hecatompedón, los arquitectos Ictino y Calícrates idearon el nuevo Partenón, y Fidias fue encargado de la estatua de la Diosa crisoelefantina del interior del Templo, además del programa iconográfico de las metopas, pedimentos y friso interior. En los tímpanos se representó el nacimiento de Atenea, al este, y la disputa entre Atenea y Posidón sobre el patronazgo de Atenas, al oeste. El friso representaba la procesión panatenaica con todos los elementos sociales que acudían a ofrecer el peplo a la Diosa. En las metopas se recogían escenas míticas menos concretas,

si bien se interpreta que pretendían aludir a la victoria contra el bárbaro y a los éxitos de Atenas frente al Medo: Gigantomaquia, centauros contra lapitas, Amazonomaquia y caída de Troya.

Polémica política en torno al imperio y la democracia

Hemos aludido en las páginas anteriores a los rivales de Pericles, así como al momento en que el Alcmeónida se convirtió en el principal líder demócrata. Plutarco afirma que el yerno de Cimón, menos un hombre de armas que un auténtico orador, fue el primero en separar a la minoría aristocrática de la masa:

Los aristócratas, viendo que Pericles ya antes incluso se había convertido en el más poderoso de los ciudadanos, deseaban que hubiera alguien en la ciudad capaz de hacerle frente y rebajar su poder de forma que no fuera una perfecta monarquía. Por eso le pusieron delante, para que le hiciera frente, a Tucídides de Alópece, hombre sensato y pariente de Cimón, con menos espíritu militar que Cimón, pero más dotado para el ágora y la política. Este, manteniéndose vigilante en la ciudad y compitiendo con Pericles en la tribuna, enseguida equilibró la balanza de la política. En efecto no permitió que los hombres de buena condición se dispersaran y mezclaran con el pueblo como antes, apagando su prestigio por el número, sino que los separó, y concentrando en un mismo punto la fuerza de todos, que era de gran peso, inclinó el platillo, como en una balanza. Desde siempre existía latente una grieta, como en el hierro, que marcaba la diferencia entre las opciones democrática y aristocrática; pero la rivalidad y ambición de aquellos hombres produjo un profundo corte de la

ciudad e hizo que una parte se llamara pueblo y la otra «los pocos».²²

Este hecho suele interpretarse en la línea del crecimiento, al que hemos aludido, de una oposición crítica al poder del demos. Con todo, cabe pensar en que el biógrafo de época romana sobreinterprete sus fuentes en un sentido anacrónico. También dice el de Queronea que los adversarios de Pericles criticaban el uso del dinero de los aliados, que relacionaban con el embellecimiento de Atenas; y reprobaban que se hubiera trasladado el Tesoro común a Atenas. Finalmente, la tensión política dio lugar a una votación sobre ostracismo de la que fue víctima Tucídides, que tuvo que exiliarse. Uno de los extremos más problemáticos es el de situar estos hechos en orden cronológico, ya que el Tesoro se trasladó en el 454, más de una década antes del mencionado ostracismo; las obras de la Acrópolis se iniciaron en el 448, y el ostracismo contra Tucídides, si nos atenemos a la fecha de Plutarco, se produciría en el 443.

Suele entenderse que los rivales de Pericles buscaban puntos débiles que pudieran perjudicar la imagen del Alcmeónida, ya que en las censuras sobre la utilización del dinero no se trataba tanto de una oposición a la política imperial de Atenas como a los trabajos edilicios de la ciudad que, obviamente, eran muy costosos y podían parecer un despilfarro. La respuesta de Pericles fue que Atenas había cumplido la misión para la que los socios entregaban sus cuotas, por lo que estas pertenecían a Atenas. Los trabajos de la Acrópolis, por otra parte, daban sustento a muchos ciudadanos pobres y ese gasto, como el de los sueldos políticos, entraba en el catálogo de las quejas de los críticos que no veían con buenos ojos que el dinero público se gastara embelleciendo la ciudad. Por otra parte, no parece que pueda sustentarse la idea de que el *phóros* aliado pagara las obras, ya que la financiación de las meras tareas regulares de la

22. Plutarco, *Pericles* 11.1-3.

flota absorbía lo ingresado de forma periódica por contribuciones. Seguramente, por último, no se hizo nunca un cálculo, que hoy sería normal, de índole económica. No se buscaba atraer visitantes por el dinero que dejaran en la ciudad, sino para que admiraran la gloria de Atenas.

Plutarco supone que Pericles se convirtió en el «primer ciudadano» (el término es de Tucídides) tras lograr el exilio de su rival, y porque supo desvincularse de los lazos familiares y de amistad propios de los miembros de la aristocracia. Pericles, pues, habría instaurado un nuevo modo de liderazgo democrático que las fuentes denominan «demagogia» a partir de su muerte.

Antes de ocuparnos del tema de los demagogos, conviene ahondar en el relato de la persecución judicial sufrida indirectamente por Pericles y que conocemos a través de la biografía plutarquea. Hemos de trasladarnos hacia las fechas previas al estallido de la guerra —de nuevo constatamos la incerteza cronológica—, momentos en los que un tal Diópites habría conseguido dotar de sentido político el delito de impiedad (*asébeia*) que tendría que ser juzgado a través de un procedimiento pensado para los delitos de estado: la *eisangelía*. Da la sensación de que ciertos rivales de Pericles intentaban instrumentalizar los sentimientos religiosos de las masas en contra de los extranjeros «amigos» del líder Alcmeónida, ya que los implicados eran intelectuales y artistas alejados de las creencias tradicionales, pero también apartados de las actividades políticas. Las dos víctimas extranjeras citadas por Plutarco son Anaxágoras y Aspasia, dos personajes bien próximos a Pericles. No queda claro si la persecución de Fidias, por un asunto económico, incluyó también la impiedad. Se dice que el escultor se había retratado a sí mismo y a Pericles en el escudo de la Diosa. Este asunto lo sitúa una fuente del siglo IV, Filócoro, en el 438; y por las mismas fechas quizás se haría rendir cuentas a Pericles por los gastos de la Acrópolis:

Diópites propuso un decreto por el que podría aplicarse la denuncia urgente a quienes no creyeran en los dioses o enseñaran doctrinas sobre las cosas celestes con lo que hacía recaer la sospecha en Pericles por causa de Anaxágoras.

A propósito de Aspasia imploró su perdón... Respecto de Anaxágoras, por miedo, lo envió escoltado fuera de la ciudad.²³

Pericles era el blanco indirecto de estos procesos, pero aún queda la duda de si se trata solo de la consecuencia de la rivalidad entre oradores por la primacía, o si hay en estos conflictos elementos propios de una *stásis* política. La fortaleza de la democracia era muy grande antes de empezar la guerra; y, si nos atenemos a lo que dice el autor anónimo al que llamamos Viejo Oligarca, en torno a la década de los 420 seguía siéndolo. El panfleto que se atribuye a este desconocido oligarca y que se ha transmitido entre los escritos de Jenofonte es el primer ensayo en el que se desarrolla con cierta extensión una crítica política y moral de la democracia, aunque la censura de la democracia hubiera empezado mucho antes. Lo que ahora hay que cuestionar es si la oposición a Pericles era también una oposición a la democracia y eso no parece tan claro, pues, al menos mientras esta dio la oportunidad a los individuos de la elite de alcanzar honores y lograr incrementar sus riquezas, la mayor parte la consideraron un buen sistema político.

En Atenas era costumbre, desde el final de las guerras médicas, homenajear a los caídos por la patria en una ceremonia pública anual. Para ello se nombraba a un orador prestigioso que debía pronunciar un discurso fúnebre ante un público que incluía a miembros de toda la sociedad, y especialmente a los familiares de los caídos. Pericles fue el encargado de componer el discurso del año 430, una oración que nos es conocida por

23. Plutarco, *Pericles* 32.2; 5.

Tucídides. Lo más llamativo de esta bellísima pieza retórica es que, a pesar de ajustarse al canon impuesto por la tradición, evita extenderse en las acciones bélicas del pasado y se centra en la descripción de los valores esenciales de la democracia, subrayando el equilibrio entre igualdad y mérito y entre libertad y respeto a ley. El discurso en su conjunto es considerado uno de los más encendidos elogios de la democracia antigua y, casi con certeza, constituye una respuesta a las críticas al sistema emitidas por voces como la del Viejo Oligarca que hemos comentado:

Tenemos un sistema político que no emula las leyes de los otros y más que imitadores de otros somos un modelo a seguir. Y su nombre, debido a que no gobernamos para unos pocos sino para la mayoría, es democracia. En lo que concierne a los asuntos privados, la igualdad, conforme a nuestras leyes, alcanza a todo el mundo, mientras que en la elección de los cargos públicos no antepone las razones de clase al mérito personal, conforme al prestigio de que goza cada ciudadano en su actividad; y tampoco nadie, en razón de su pobreza, encuentra obstáculos debido a la oscuridad de su condición social si está en condiciones de prestar un servicio a la ciudad. Vivimos de forma libre nuestra relación con los asuntos de la comunidad y, del mismo modo, en lo tocante a las sospechas propias del trato cotidiano, nosotros no sentimos irritación contra nuestro vecino si hace algo que le gusta y no le dirigimos miradas de reproche, que no suponen un perjuicio pero resultan dolorosas. Si en nuestras relaciones privadas evitamos molestarnos, en la vida pública, un respetuoso temor es la principal causa de que no cometamos infracciones, porque prestamos obediencia a quienes se suceden en el gobierno y a las leyes, y principalmente a las que están establecidas para ayudar a los que sufren injusticias y a las que, aun sin estar escritas,

acarrear a quien las infringe una vergüenza por todos reconocida.²⁴

Los demagogos y la Asamblea

El término demagogo (*dêmos* + *ágo*, el que dirige al pueblo) en principio no encierra ningún valor negativo. Sin embargo, es un vocablo nuevo que empieza a utilizarse en el periodo de la guerra del Peloponeso para nombrar a los políticos que practican un tipo de comunicación propio de la necesidad de vencer a los rivales en la Asamblea.

A la muerte de Pericles, ocurrida tras el primer año de guerra, dice Tucídides que los oradores que se disputaban la primacía eran más iguales entre sí, y para obtener el apoyo del *demos*, en lugar de ir por delante de este, se limitaban a intentar complacerlo, aunque fuera en detrimento de la ciudad y del bien común. Entre los políticos que se adecuan a la denominación de demagogo, a partir del 430, encontramos especialmente a Cleón y a Alcibiades. Nicias, que es contemporáneo, no reviste los rasgos propios de un demagogo, sino que es más bien un político muy tradicional, a pesar de no proceder de la aristocracia.

Existe la idea de que a la muerte de Pericles ocuparon la escena política los denominados «nuevos políticos», caracterizados por apartarse de los modos típicos de la dirección aristocrática y, como hemos comentado, por buscar en el pueblo el respaldo a sus políticas. Se supone que, además, estos políticos serían también hombres nuevos, cuyas fortunas procederían del mundo industrial o comercial en lugar de la propiedad inmueble y la explotación agraria. Aunque la comedia los caracteriza como hombres toscos e ignorantes, eso no deja de ser un lugar común sin mucho fundamento.

24. Tucídides 2.37.

Cleón es descrito por Tucídides como violento y «muy persuasivo». En el discurso que le atribuye del 427, en el denominado debate mitileneo, defiende, en términos parecidos a los de Pericles, el imperio ateniense y llama la atención del auditorio acerca de la responsabilidad de los ciudadanos en las deliberaciones políticas. Para ello se sirve de una metáfora impactante; los increpa como «espectadores de palabras», con lo que pretende llamar la atención sobre la necesaria diferencia de la función del ciudadano y de quien asiste a una representación dramática o literaria. La deliberación sobre la ciudad debía ser algo distinto a ir al teatro de Dionisio a ver una comedia o una tragedia, pero hay que subrayar que la política democrática había adquirido elementos de la escena teatral. Los oradores se preparaban para declamar y gesticular en la tribuna (*béma*) de la Pnyx, como lo hacían los actores; y el público respondía a la *performance* casi del mismo modo ruidoso:

Sois tan rápidos en captar anticipadamente lo que se dice como lentos en prever sus consecuencias. Buscáis por así decirlo un mundo distinto de aquel en el que vivimos, sin tener una idea cabal de la realidad presente; en una palabra, estáis subyugados por el placer del oído y os parecéis a espectadores sentados delante de sofistas más que a ciudadanos que deliberan sobre los intereses de la ciudad.²⁵

La pérdida de competencias de los magistrados y del Areópago, así como el menor nivel social de los que llegaban a esos puestos, incrementó en contrapartida el poder de la Asamblea y de los tribunales, instituciones multitudinarias en que los asistentes exclusivamente oían discursos. Es cierto que la democracia instituyó el derecho igualitario a hablar en el Consejo y la Asamblea, pero no resultaba sencillo dirigirse a miles de

25. Tucídides 3.38.6-7.

asistentes si no se poseían ciertas destrezas. En los tribunales los jueces, como hemos dicho, eran mudos, pero la *corona*, los asistentes que rodeaban al tribunal, increpaban, gritaban, criticaban y reían como lo hacían los ciudadanos de la Pnyx. El recinto que albergaba las asambleas fue construido aprovechando el flanco noreste de una colina rocosa situada en el oeste de la ciudad. Un muro de contención permitió terraplenar un auditorio y colocar una tribuna (al principio una simple piedra, *lithos*), donde se colocaban los prítanos y el orador. El lugar era incómodo, ya que no debía de haber gradas para todos los asistentes, pero la disposición favorecía la acústica. La capacidad se ha calculado entre seis mil y diez mil ciudadanos en el siglo v.²⁶ Los oradores sabían que el *thórybos* —el griterío, los abucheos, murmuraciones, risas y pataleos— formaba parte de la comunicación entre oradores y pueblo. A veces incluso eran de tal envergadura que impedían al político desarrollar su discurso, o le imponían una determinada resolución. Era necesario, por tanto, tener los nervios de acero y saber reconducir el malestar popular para hacer llegar a la multitud el fondo de un argumento o de una propuesta. En esas circunstancias, y sin un Pericles patriota, previsor e insobornable, la Asamblea podía ser fácil presa de oradores brillantes sin escrúpulos.

Un ejemplo de este tipo de situación se produjo en Atenas cuando, en el 425, durante la primera fase de la guerra, con motivo de haber sitiado en el islote de Esfactoria, frente a la ciudad de Pilos en Mesenia, a doscientos noventa y dos hoplitas lacedemonios de los que ciento veinte eran espartiatas, Cleón se vio obligado por el *thórybos* a asumir la dirección de una campaña que en principio no le correspondía²⁷. Cuando llegó a Atenas la noticia del sitio, Cleón persuadió a la Asamblea de que exigiera a Esparta unas condiciones inasumibles a cambio de liberar a los de la isla. Como el problema se alargaba

26. Hubo dos ampliaciones a principios del siglo iv y en la década de los 330.

27. Tucídides 4.28.

y los atenienses de Pilos no conseguían tomar el lugar, para que no le acusaran de haber obstruido una posible negociación, censuró la inacción de los generales y, en concreto, a Nicias, que era estratega. Alardeó de que él hubiera sido capaz de rendir a los enemigos, por lo que Nicias le ofreció su cargo de estratega y el demos forzó a Cleón con griterío a que lo aceptara. Tucídides describe su reacción psicológica inicial como de miedo, pero luego prometió hacerlo en veinte días y, cosas del azar, lo consiguió.

También en esta ocasión deja Tucídides constancia de la existencia en Atenas de una minoría de disidentes, enemigos del demagogo del momento, a los que llama *sóphrones*, sensatos. Este grupo, cuyos integrantes son anónimos, pensaron que, una de dos, o Cleón perecía en la aventura, o los atenienses tomarían presos a los lacedemonios. En el 425 los enemigos de Cleón eran pocos y no se atrevían a hablar en contra; parece evidente que fue la experiencia de la conducción de la guerra, desastrosa desde el año 415, el detonante que unió a los disidentes y desencantados con la democracia; y, más adelante, los animó a intentar derrocar el sistema considerado perverso.

Otro famoso político de la época de guerra y prosperiea es Alcibíades, sobrino y tutelado de Pericles desde que en el 446 falleciera su padre, Clinias. Alcibíades llegó a la escena política durante la fase de la Paz de Nicias que arranca del año 421 y se cierra en el 415. Fue el promotor de la toma de Melos, una pequeña isla en medio del Egeo que, por ser doria, se mantenía al margen de la Liga Naval y pretendía ser neutral. Los atenienses instaron a los melios a entrar en su Alianza y, como se resistían, pusieron sitio a la isla, la tomaron y destruyeron, esclavizando a buena parte de la población. Alcibíades también fue el cerebro de la campaña de Sicilia, que supuso el reinicio de la guerra y su extensión a un escenario alejado.

Alcibíades es, además, paradigma de la juventud dorada de la década de los 420. Se trata de una generación de «jóvenes»,

miembros de la elite social y económica ateniense, nacidos en democracia y con el poder de Atenas totalmente asentado. No nos referimos a todos los jóvenes de Atenas y ni siquiera a todos los jóvenes ricos, pero sí a una minoría de jóvenes ambiciosos y preparados que se apartaban de las tradiciones y normas de sus mayores. Habían recibido las enseñanzas de los sofistas y, aunque muchos de ellos despreciaban el sistema político que ponía el gobierno en manos del demos, se sentían con recursos para dominarlo. Valoraban especialmente la preparación retórica y estaban imbuidos de la denominada doctrina del más fuerte que se basaba en la famosa tensión o contraposición entre el *nómos*, la ley, y la *phýsis*, la naturaleza. Una naturaleza superior, según esta doctrina, estaba no solo capacitada sino autorizada a saltarse la leyes comunes, fruto del consenso de los débiles y peores. El hecho de que en la Asamblea se autorizara la participación desde los veinte años hizo posible la irrupción de los «jóvenes» en la política de la ciudad mucho antes de lo que era tradicional. Alcibíades tenía un alto concepto de sí mismo y resultaba atractivo a la mayoría, a la que también inspiraba temor. Tucídides, que lo describe como un personaje de comportamiento contrario a las convenciones tradicionales, tanto religiosas como políticas, acepta, sin embargo, que tenía dotes militares y que en ocasiones hizo grandes servicios a la ciudad. Se vio envuelto en los escándalos sacrílegos del 415 por haber participado en la celebración doméstica de los rituales iniciáticos de los Misterios eleusinos; este hecho fue aprovechado por sus rivales para apartarlo de la dirección de la campaña contra Siracusa que él había ideado, lo que, desde el punto de vista de la seguridad, fue un gravísimo error. Cuando, en el 411, los demócratas atenienses en Samos lo repatriaron, fue quien contuvo a la masa náutica dispuesta a dirigirse contra los oligarcas de Atenas, salvando así a la ciudad; y en los años sucesivos obtuvo victorias navales muy importantes en el Egeo y la región de los Estrechos. Al final de la guerra, Alcibíades se había convertido en un problema para la ciudad. Como expresa Esquilo en la

comedia del 405, *Ranas*, de Aristófanes: no se puede criar a un león en la ciudad:

Pero si se le cría, hay que acomodarse a su forma de ser.²⁸

El debate sobre la democracia ateniense

La denominación de *demokratía* para el sistema político ateniense fue asentándose en el periodo que nos ocupa. Uno de los significados del término podría ser «gobierno del pueblo [de las clases populares]», otro «gobierno del pueblo [de toda la polis]», ya que demos/pueblo tiene en griego esas dos acepciones; parece obvio que el primer contenido es el que usaban los enemigos del poder popular, mientras que el segundo lo usaban sus defensores.

Pericles, cuando fue encargado de pronunciar el discurso en honor a los caídos por la patria del primer año de guerra, definió la democracia como el régimen en el que se gobierna a favor de la mayoría o totalidad:

Tenemos un sistema político que no emula las leyes de los otros y más que imitadores de otros somos un modelo a seguir. Y su nombre, debido a que no gobernamos para unos pocos (*oligoí*) sino para la mayoría (*pleíones*), es democracia.²⁹

Entonces el gran líder ya afrontaba las reticencias de los descontentos con el modo de gobierno de Atenas, por lo que se tomó tiempo para exponer ante una audiencia numerosa y heterogénea que ser libre en Atenas no significaba, como los ene-

28. Aristófanes, *Ranas* 1431.

29. Tucídides 2.37.1.

migos de la democracia sostenían, no respetar a las autoridades ni a las leyes, y que ser igual no excluía premiar el mérito de quienes podían hacer algo bueno por la ciudad, al margen de consideraciones sociales. Asimismo, frente a lo que había sido norma en otras épocas, Pericles decía que cualquiera tenía suficiente conocimiento para tomar decisiones políticas:

Las mismas personas pueden dedicar a la vez su atención a los asuntos particulares y a los públicos, y gentes que se dedican a diferentes actividades [laborales] tienen suficiente criterio respecto a los asuntos públicos. Somos los únicos que, a quien no toma parte en estos asuntos, lo consideramos no un apolítico (*aprágmon*) sino un inútil (*achreíon*).³⁰

La cuestión reside en si democracia aquí es gobierno «para» la mayoría o «de» la mayoría, y si el demos tiene «suficiente criterio», lo que sería un grado inferior a la *euboulía*, la capacidad para deliberar bien, que debían tener los dirigentes. En el peor caso, los ciudadanos comunes, llamados a oír discursos de los oradores, serían tenidos en cuenta como multitud que vota más que como individuos iguales a la hora de deliberar.

Protágoras decía no solo que se podía enseñar la *euboulía*, sino también la virtud política. En el diálogo platónico que lleva su nombre entabla una discusión con Sócrates en la que muestra que la virtud política necesariamente debía tenerla todo ciudadano para vivir en sociedad y, como los seres humanos nacemos desprovistos de todo, debíamos aprenderla en las distintas fases de crecimiento y formación. Para inculcarla estaban los padres, los pedagogos y la polis con sus leyes. Quedaba, sin embargo, por considerar, el grado de excelencia; porque, finalmente, los

30. Tucídides 2.40.2. El juego de palabras entre *aprágmon* y *achreíon* es interesante. Los que se calificaban a sí mismos de apolíticos solían ser miembros de la elite que también se autodenominaban *chrestoi* (útiles).

mejor dotados o los más esforzados llegarían a ser capaces de perfeccionar su técnica política, su prudencia o *phrónesis*, para erigirse en dirigentes políticos. Podríamos decirlo de otra manera: todas las opiniones valen, pero solo algunos crean opinión, persuaden, prevén las consecuencias, las explican, etcétera.

Aristóteles reconocía que la suma de las virtudes de ciertas multitudes, no todas, daba un resultado positivo. La condición era que estuvieran mezclados con los verdaderamente superiores, pero el estagirita no desmiente la capacidad de acierto, por ejemplo, en temas literarios, de una mayoría. No obstante, escribió que un rasgo de la democracia era la libertad de «permitir que cada uno viva como quiera»,³¹ y esta característica no era valorada positivamente frente al orden y la obediencia. También se caracterizaba la democracia, según el mismo pensador, por hacer iguales a todos los libres, y concluía que la democracia necesariamente es el gobierno de los pobres, mientras que la oligarquía es el gobierno de los ricos. Como suele haber más pobres que ricos, si todos tienen voto la conclusión es que predomina la opinión de los primeros.

Es interesante que Aristóteles, a diferencia de sus antecesores, no pensaba en un solo modelo de democracia (tampoco de oligarquía), sino en una gradación que viene de la democracia antigua, en la que el pueblo elegía a sus magistrados y los controlaba, y ambas partes estaban atadas por la ley, hasta la más evolucionada —aquella en la que se ha realizado el *télos* igualitario—, en la que habría crecido mucho la población urbana, había mucho dinero para pagar sueldos por asistir a las asambleas, y los demagogos con influencia sobre las multitudes inducían a estas a no respetar la ley:

La cuarta forma de democracia y la que se ha desarrollado cronológicamente la última en las ciudades. Por haberse hecho las ciudades mucho mayores de lo

31. Aristóteles, *Política* 1319b.

que fueron en un principio y disponer de ingresos en abundancia, todos tienen parte en el gobierno a causa de la superioridad numérica de la multitud, y participan de tiempo libre (*scholé*) porque reciben un salario (*misthós*). Una multitud de esta clase es incluso la que de más ocio dispone, porque no se ven embarazados lo más mínimo por el cuidado de sus intereses privados, como los ricos que, a causa de esto, muchas veces no toman parte en la Asamblea ni en la administración de justicia. Esto hace que el elemento soberano en este régimen sea la multitud de los pobres, y no la ley.³²

La definición de la ley, desde las últimas décadas del siglo v, fue el tema más relevante en las discusiones sobre el sistema. Desde la época primitiva, la ley tradicional, cuya transmisión era oral, y la de los grandes legisladores antiguos, los primeros códigos escritos, se concebía como algo inamovible. La actividad política de la Asamblea democrática, en contra de esa concepción arraigada, creaba normas constantemente. Ello condujo, por un lado, a la censura de que la democracia no respetaba las leyes, y al empleo, por parte de los oligarcas, de las vías democráticas para acabar con la democracia. Veremos, en el capítulo siguiente, cómo se llegó a derrocar la democracia por vías institucionales y cómo se llegó a crear un sistema legislativo que, por un lado, protegiera la *politeía* y, por otro, hiciera posible el cambio prudente.

Dadas esas circunstancias, no es extraño que en las últimas décadas del siglo v el modelo político de Esparta se convirtiera para los antidemócratas atenienses en un ideal que resumía todas las virtudes de las que carecería la democracia. Lo que más atraía a las minorías de laconizantes era la disciplina y la obediencia, la austeridad, la virtud guerrera (vinculada al ejercicio físico), e incluso la existencia de estatus de inferiores, en espe-

32. Aristóteles, *Política* 1292b 41ss.

cial el hilotismo. Tal como la literatura nos permite conocer, algunos jóvenes se dejaban arrastrar por una imagen en teoría laconia que implicaba melenas, desarreglo indumentario y suciedad. Hay que señalar que las opciones estéticas no necesariamente reflejan posiciones políticas; además se percibe cierta contradicción: a veces no eran los jóvenes de los gimnasios y la lucha los calificados de espartófilos, sino los demacrados socráticos que se encerraban en escuelas de retórica. Por esta vía, en la democrática Atenas empieza a crearse el mito de Esparta, un mito con tal vigencia que se puede rastrear hasta nuestros días. Los rasgos fundamentales son los de una sociedad igualitaria, disciplinada y austera, que nunca escribió ni cambió sus leyes ancestrales, y jamás acuñó moneda, excluyendo así la economía de mercado y la acumulación de riqueza. Hay que decir que este espejismo no guarda relación con la realidad, pero hay que tenerlo en cuenta para entender por qué Pericles, en su Oración fúnebre, comparaba ventajosamente la falta de severidad de la *paideía* ateniense con la atrocidad de las costumbres espartanas, y exponía que los ciudadanos demócratas sabían luchar con libertad por unos valores superiores, sin necesidad de someterse a la amenaza de penalidades innecesarias.

Epílogo

La democracia en Atenas no nació de un plan elaborado para lograr un objetivo definido, ni de acuerdo a un modelo preexistente al que copiar. Fue gestándose poco a poco, atendiendo a la necesidad de dar respuesta a los problemas sistémicos o coyunturales que iban haciéndose patentes. Es cierto, no obstante, que ciertos ideales, más o menos genéricos, como la libertad de la ciudad y de sus integrantes ciudadanos, así como la plasmación práctica de la igualdad política entre ellos, animaron la discusión ciudadana y la introducción de avances concretos. A pesar de ese origen tentativo y no programático, el paradigma idealizado de la democracia ateniense ha servido en distintas épocas como argumento para combatir modelos políticos autoritarios con los ideales democráticos.

Aunque la democracia antigua y la moderna comparten ideales homologables en cierta medida, como la igualdad, la libertad y el sometimiento a la ley, conviene subrayar diferencias que se explican por el abismo temporal y cultural que nos separa. Para los antiguos la igualdad se predicaba solo de los ciudadanos, es decir, los varones nativos, razón por la que la democracia y el esclavismo no se excluían. La libertad nació del combate contra el despotismo tiránico o persa, y no tanto de la idea de los derechos individuales frente a los comunitarios. En relación con las leyes, como hemos ido viendo, se produjo un importante desarrollo conceptual en el paso del siglo v al siglo iv que aproxima a la democracia clásica al ideal moderno de estado de derecho.

Pero hay dos conceptos propios de la democracia moderna, cuya fuente está en su origen liberal, que son desconocidos en la Antigüedad: la representación y la separación de poderes (ejecutivo, legislativo y judicial). Los ciudadanos que participaban lo hacían porque ejercían un derecho que tenían como miembros de la comunidad, nunca en «representación» de la nación. Los tres poderes que hoy reconocemos no estaban en absoluto separados, sino al contrario, pues la misma Asamblea podía ejercer una parte de cada uno de ellos: tomaba decisiones de gobierno, debatía leyes o juzgaba delitos elevados. Lo que los atenienses fueron implantando fue un sofisticado modelo de equilibrios y contrapesos que está relacionado con el control de los cargos y con el freno a la inmediatez de las decisiones multitudinarias. De este modo, ocurre que la deliberación la compartan Asamblea y Consejo, que los oradores están expuestos a las acusaciones de ilegalidad que sustentan los jueces, o que una iniciativa legal tenga que atravesar diversos estadios institucionales antes de ser aprobada.

Desde el punto de vista historiográfico, el estudio de la democracia ateniense, sus instituciones y su fundamento teórico, es uno de esos asuntos que regularmente adolece de cierto presentismo. Si bien es cierto —en palabras de B. Croce— que la historia siempre resulta historia contemporánea, en el caso que nos ocupa la democracia antigua a menudo se convierte hoy día en guion del debate y de la práctica políticos. Por citar un ejemplo de cómo el modelo clásico de Atenas es adoptado actualmente por politólogos y activistas como arquetipo a copiar, se puede mencionar la discusión sobre la aplicabilidad del sorteo en la democracia moderna o la introducción de los «minipúblicos», copia en miniatura de asambleas participativas, no representativas.

La democracia antigua empezó su andadura con Solón, ya que fue el gran legislador ateniense quien propuso una solución revolucionaria al problema de la falta de cohesión social. Solón igualó a todos los atenienses en lo más básico y esencial:

la libertad. Prohibió que el impago de una deuda económica pudiera acabar en esclavitud para el deudor. En Atenas, desde el 594 a. C., nacer ateniense significaba nacer libre, y esa circunstancia comportaba ya una relevante participación política. Todos los atenienses de cualquier condición social desde tiempos de Solón tenían acceso a la Asamblea; y cualquier ciudadano podía denunciar un delito político grave ante el Areópago. Los magistrados y los poderosos estaban sometidos a controles en los que el demos ejercía de juez.

Que el pueblo sea soberano, que elija a sus gobernantes y les pueda pedir cuentas, es lo que tanto Isócrates como Aristóteles consideraban básico y suficiente para la existencia de una democracia. Teniendo en sus manos las elecciones y las inspecciones de los cargos, el pueblo evitaría los abusos de poder, podría deponer a los dignatarios incapaces, y castigaría a los corruptos. Para los intérpretes modernos, sin embargo, este extremo no sería suficiente para denominar democracia al sistema político de la época de Solón, por lo que muchos discuten si son las reformas de Clístenes o las medidas de Efiltes las responsables de haber traído la democracia plena. Los atenienses, como se ha visto a lo largo de estas páginas, fueron dando pasos hacia una activa y directa participación de los ciudadanos en la gestión política y judicial («poderes» no «separados» ni profesionalizados). Fueron, sobre todo, los mecanismos del sorteo y los sueldos públicos, adoptados antes de mediados del siglo v, los que hicieron realidad que «cualquiera» pudiera, de hecho, aspirar a las más elevadas magistraturas.

El interrogante que es preciso hacerse es si de este modo se hacía más real y efectiva la democracia como poder del pueblo llano. Muchos autores clásicos opinan que la «democratización» de las instituciones —y, especialmente, de la Asamblea— desembocó en demagogia y populismo; es decir, en mayor influencia de los políticos hábiles y habituales (en cierta forma «profesionales»), pero no del pueblo. Por un lado, no todas las funciones directivas podían ser sorteadas; no era posible

hacerlo con las más técnicas, las militares y las económicas. Y este hecho hizo que determinados capítulos de la vida pública estuvieran en manos de personajes que estaban preparados e inspiraban confianza, como ocurre en el siglo IV con Eubulo o Licurgo. Los ciudadanos que las revestían no cobraban un sueldo, aunque es evidente que el prestigio y las posibilidades que obtenían con el ejercicio de su cargo eran una forma de retribución. Por otro lado, como la Asamblea tenía la última palabra e, incluso, podía dar la vuelta a lo que el Consejo hubiera deliberado, surgieron pronto los expertos en persuadir a las masas, hombres que, sin necesidad de ocupar cargo alguno, se dirigían regularmente al demos. Contando, pues, con las diferencias entre políticos y ciudadanos comunes en conocimientos, dedicación e información, la influencia de estos hombres podía ser decisiva: o eran inteligentes, prudentes y honrados, o arrastrarían a decisiones equivocadas y perjudiciales para los ciudadanos que las respaldaban.

Las magistraturas sorteadas se fueron convirtiendo en destinos de escaso poder, aunque dotadas de un pequeño sueldo, lo que las hacía atractivas a las clases populares. Solo el arcontado guardó una parte importante del glamur del que había gozado en la época anterior a Solón o a Efilates. Los exarcontes tenían acceso directo y vitalicio al Consejo del Areópago, de modo que el conjunto de los areopagitas siempre fue considerado como una autoridad moral; y, en ciertas épocas, como una institución fundamental de la democracia, capaz de salvarla y protegerla.

Los ciudadanos comunes tenían también posibilidad de ejercer de jueces en los tribunales populares y, por tanto, controlaban judicialmente a los poderosos. Como en las asambleas, ante los jueces «mudos», los oradores expertos —o los ciudadanos ricos que habían pagado a logógrafos famosos— acusaban a sus rivales o se defendían de ellos afectando con regularidad sostener y haber sostenido los intereses de la democracia. Los jueces anónimos depositaban su voto secreto (*pséphos*) en la

urna, sin haber tenido ocasión de preguntar a las partes y sin haber deliberado entre sí. Desde luego, la sensación de poder era inmediata cuando se advertía la realidad de las penas impuestas a los ricos o poderosos de la ciudad. Cuando, a finales del siglo V se acometió la tarea de limpieza y cribado de las leyes, se puede decir que las garantías judiciales experimentaron una mejoría, sin que ello significara que el aspecto retórico de la justicia popular hubiera desaparecido por completo.

El ideal democrático en la Atenas clásica, como se ha dicho, estaba constituido por tres pilares: la libertad de los ciudadanos, que en Atenas llegó a significar también el principio de no intervención de la comunidad en la vida de los particulares, la igualdad tanto ante la ley como política, y el respeto a la ley de la ciudad. Cualquiera de estos principios constituye un campo de conflicto teórico entre demócratas y antidemócratas. Por ejemplo, para Platón la libertad democrática se sustancia en la ausencia de disciplina. Según el académico, esa realidad conduciría a que en la democracia cada ciudadano fuera en sí mismo una *politeía*. Es evidente que se trata de una hipérbole, pero en ella se refleja el temor de un conservador como era el filósofo a que el individualismo acabara con la cohesión necesaria de la polis. Por eso algunos atenienses miraban hacia Esparta y su rígida disciplina como un ideal a copiar.

En relación con la igualdad, el filósofo Protágoras, en una estancia ateniense previa al estallido de la guerra del Peloponeso, expuso ante Sócrates y una nutrida representación de la juventud dorada de la ciudad, que era legítimo que todos los ciudadanos fueran convocados a la Asamblea y a todos se les permitiera tomar la palabra, porque todos los seres humanos poseen necesariamente la virtud o habilidad política (*areté o téchne politiké*), ya que, sin ella, no habría ciudades. El problema estriba en que, cuando se habla de virtud o habilidad política, se oscila entre la virtud básica para la convivencia y la excelencia que permite dirigir la ciudad y a los ciudadanos, y hacerlo bien. Tucídides describe a Pericles como un excelente primer

ciudadano, capaz de persuadir sirviéndose equilibradamente del *lógos* y de las emociones, y conseguir con su palabra encauzar una deliberación correcta orientada al bien común. No todos los ciudadanos eran capaces de hacerlo, tampoco todos los oradores o políticos, pues muchos se limitaban a pretender el aplauso momentáneo de las masas. Para Aristóteles, la virtud propia del dirigente no era la ciencia (*epistéme*) como para Platón, sino la *phrónesis* o prudencia, virtud dianoética que implicaba la previsión y la consideración de lo conveniente. Sin embargo, para los ciudadanos comunes bastaba con que poseyeran la opinión verdadera. Aristóteles discute en la *Política* sobre si decidían mejor las multitudes o los pocos y excelentes, y reconocía que ciertas multitudes, aquellas que incluían solo a ciudadanos que al menos poseyeran la virtud militar, tomaban mejores y más prudentes decisiones que los pocos. En suma, que la participación de un número elevado de ciudadanos comunes, preocupados por la buena marcha de la comunidad, suele ser beneficiosa.

Para muchos demócratas, como el caso de Pericles, no estaba reñida la igualdad con el mérito. En la famosa Oración fúnebre pronunciada en el año 430, el líder alcmeónida defendió que la democracia hacía que destacasen los mejores, pero no por su origen o por sus riquezas, sino a causa de lo que realmente podían hacer por la ciudad. La crítica oligárquica que encontramos, por ejemplo, en Pseudo Jenofonte, rechazaba lo que consideraba injusto igualitarismo democrático. En su visión, la democracia excluía a los mejores por nacimiento y entregaba la ciudad a plebeyos sin preparación que solo decidían en función de su beneficio.

La ley era vista por los oligarcas más extremos como una arma al servicio de las clases bajas. Era el demos quien las elaboraba, aprobaba y hacía cumplir, por lo que los hombres superiores deberían deshacerse de esas ataduras e imponerse a las masas con artimañas o por la fuerza. Esta «ley del más fuerte», teoría oligárquica que nace en las últimas décadas del siglo v,

surge de un debate filosófico que contraponía ley (*nómos*) a naturaleza (*phýsis*), defendiendo la superioridad de la última, ya que la naturaleza sería «necesaria» e invariable. Los excesos y la crueldad de los llamados Treinta tiranos acarrearón el descrédito definitivo de la mencionada tesis que no solo sirvió a los oligarcas dentro de Atenas, sino también a Atenas como *pólis týrannos* en su época imperial. La ley en el siglo iv, tras la labor de limpieza y publicación de la legislación anterior, se erige en el bastión y fortaleza del demos. El *nómos* de la ciudad —especialmente las leyes escritas— aseguraba la igualdad de los ciudadanos frente a la capacidad de los más poderosos de hacer daño a los más débiles.

La ley también era mirada con recelo por los que consideraban que era letra muerta, incapaz de adecuarse a todas las circunstancias y todos los casos particulares. En ese sentido, la equidad del árbitro (*epieikeía*) era, para Aristóteles, mejor que la ley escrita. Los demócratas, sin embargo, recelaban de los intérpretes y preferían, al igual que los legisladores arcaicos, que la ley estuviera escrita y fuera lo más estable e invariable posible, ya que solo esa inalterabilidad ponía cierto freno a la destreza o habilidad de individuos preparados, a los que empujaba la ególatra ambición de poder.

La dificultad de armonizar igualdad, libertad y ley ha sido fuente de debate y argumentación desde, al menos, el siglo xvi, cuando se van incorporando a la vida cultural y política los temas que proporcionaba la lectura de los clásicos. Autores griegos y romanos se convirtieron en guía para discutir sobre el gobierno más justo y efectivo. A partir de la reflexión tanto sobre el modelo espartano como acerca de la democracia de Atenas o la república romana, van abriéndose camino en el mundo moderno la censura de la monarquía absoluta y la defensa de la participación política de cada vez más amplios círculos de ciudadanos. A lo largo de los siglos, el supuesto y equivocado arquetipo democrático de una Atenas en la que se creía que gobernaba un demos tiránico al que no se oponía nada ni nadie, hizo que predominasen el

prototipo espartano o el romano de la denominada «constitución mixta», en la que los equilibrios estamentales estarían asegurados. Un mejor conocimiento histórico de las instituciones y valores cívicos de la democracia empezó a mediados del siglo XIX por obra de la *Historia de Grecia* del historiador y político liberal británico Georges Grote. Hoy día somos conscientes de la elevada sofisticación del sistema democrático y somos capaces de estimar su complejidad, de manera que entendemos que el término *demokratía* no designaba al poder absoluto de las clases bajas sobre la minoría de los ricos, sino el reparto del gobierno entre todos y la soberanía de la Asamblea, la cual, con todo, era guiada por un Consejo preparatorio. Los plazos para tomar las decisiones más importantes, el reparto de las funciones y los elevados controles sobre las mismas, así como la forma en que eran inculcados los valores de la cohesión y la igualdad nos llevan a concluir que la democracia clásica era directa, pero no solo era directa. Además de eso, se basaba en el respeto de la ley que ponía sus límites, y en los contrapesos entre las diversas instituciones. La concordia cívica predominante en amplias fases de la historia democrática es una prueba de las ventajas que el sistema tenía para toda la sociedad y sus heterogéneos intereses.